

EL CORREO DE ULTRAMAR

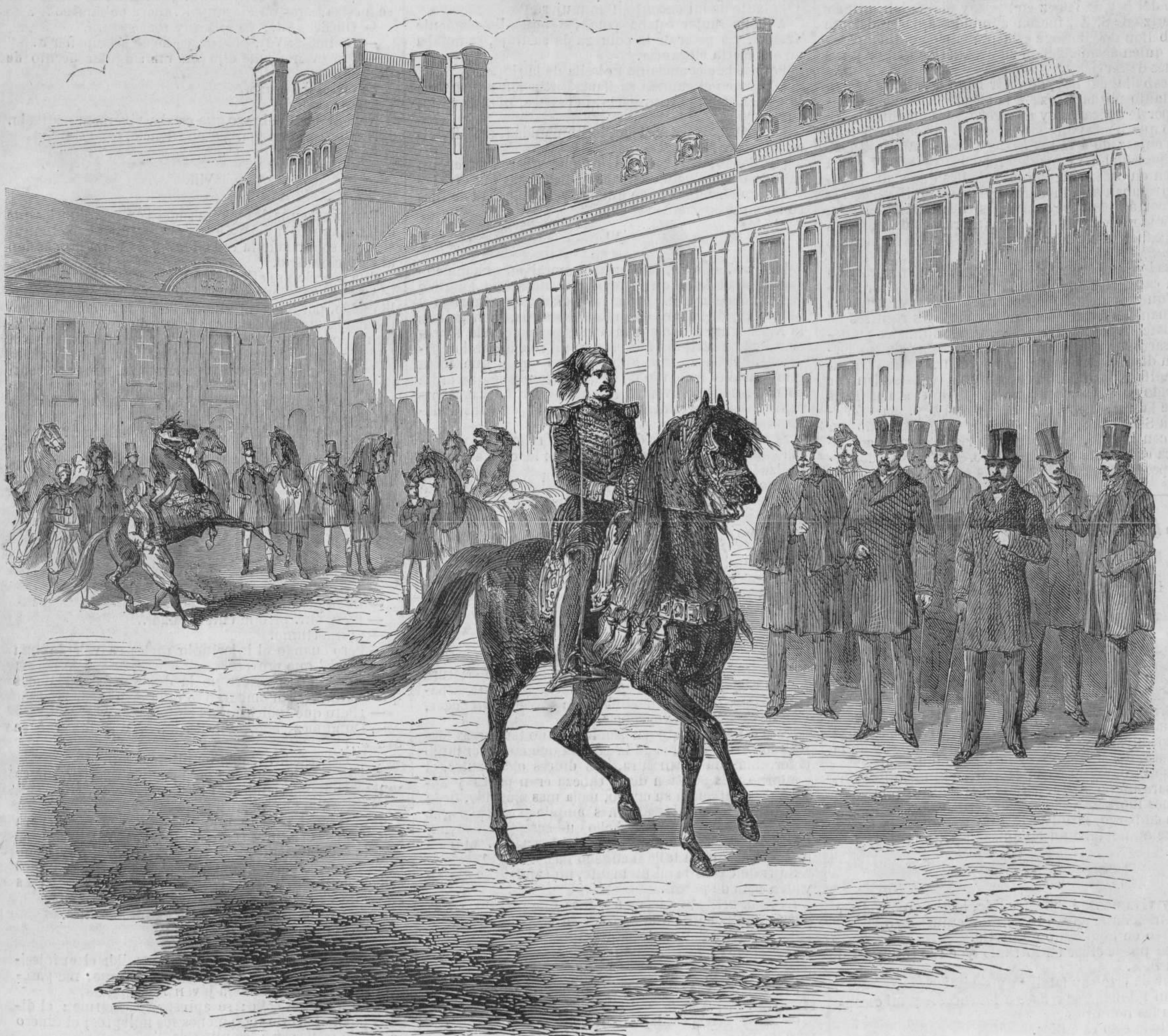
PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1860. — Tomo XV.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris

Año 19. — N° 375.



PRESENTACION DE LOS CABALLOS REGALADOS A S. M. EL EMPERADOR POR S. A. EL BEY DE TUNEZ.

SUMARIO

Presentacion de caballos regalados á S. M. el emperador por S. A. el bey de Tunez; grabado. — **La Dama de noche.** — **La guerra de Africa;** grabados. — **Revista de Paris.** — **Anda el diablo en Cantillana.** — **Descubrimientos de países desconocidos en la América central;** grabados. — **El doctor Antonio.** — **Funerales de la gran duquesa Estefanía;** grabado. — **Obras del canal San Martín en Paris;** grabado. — **Celebracion de la fiesta del 15 de agosto en Taiti;** grabados. — **Las hijas del Cid.** — **Ultimo amor.** — **A...** — **Las condecoraciones piemontesas;** grabados. — **Nuevas excavaciones de M. Beulé en el sitio que ocupó Cartago;** grabados.

Presentacion de caballos

REGALADOS Á S. M. EL EMPERADOR POR S. A. EL BEY DE TUNEZ.

Los transeuntes que en una de las frias mañanas de la semana última atravesaban la plaza del Carrousel, se detenian sin embargo del rigor de la temperatura, ante la verja que cierra el patio del palacio de Tulle-rias, á contemplar el espectáculo poco comun que presentaban diez caballos diferentemente enjaezados, cuyas formas denotaban un origen árabe, y que unos caballerizos con trajes no menos variados que el equipo de los caballos hacian maniobrar para sustraerlos á los efectos del frio. Estos caballos son un regalo que S. A. el bey de Tunez hace al emperador, para satisfacer el deseo que habia manifestado S. M. de enriquecer sus caballerizas con algunos tipos de raza árabe pura.

Embarcados en Tunez á bordo del *Mansour*, aviso de vapor que dió al bey de Tunez el gobierno francés, estos hermosos animales fueron desembarcados en Marsella, desde donde los trasladaron á Paris. El día de su presentacion á la una de la tarde, el baron J. de Lesseps, agente del bey de Tunez en Paris, y Sidi-Salah, primer caballerizo de S. A., fueron admitidos á hacer delante del pabellon del Horloge esta presentacion al emperador, á quien acompañaban su caballerizo mayor y sus edecanes de servicio.

Los caballos del bey, de color bayo, oscuro, se hacian notar tanto por la viveza y la elegancia de las formas como por la delicadeza y el vigor de los miembros. El caballo que hemos dibujado como de mejor apariencia, estaba enjaezado á la inglesa, y parece está destinado al uso personal del emperador en las revistas y quizá tambien en campaña; los dos caballos que venian despues lo estaban á la morisca. Los tres iban llevados á la mano por árabes agregados á las caballerizas del bey, y revestidos de trajes tunecinos bordados de oro. Los demás caballos llevaban mantas de Tunez de vistosos colores.

Montados sucesivamente á saber, el primer caballo por un caballerizo de S. M., y los otros dos por Sidi-Salah, que les hicieron maniobrar alternativamente de todas maneras á beneficio de los variados recursos de la equitacion francesa y árabe, estos animales pudieron desarrollar y hacer valer la hermosura de sus formas, su distincion y su elegancia. S. M., despues de haber manifestado al baron de Lesseps su satisfaccion por el cuidado particular con que ha traído esos hermosos tipos de la raza árabe, regalados por el bey, mandó entregar á Sidi-Salah, que los habia montado como un jinete consumado, un magnifico reló acompañado de una rica cadena de oro con pasadores y sellos adornados de pedrerías.

G. F.

LA DAMA DE NOCHE

NOVELA ORIGINAL

DE DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

(Continuacion)

III.

Yo soñaba entonces.

Construia, como suele decirse, castillos en el aire.

Pretendia adelantar al tiempo, le adelantaba en mi imaginacion, y me fingia poseedor del alma y de la hermosura, del ser entero de la Dama de noche.

Del espectro, segun decia la burlona murmuracion, y que para mí no lo era, porque los espectros no tienen las manos mórbidas, sedosas, ardientes.

Y sin embargo, el misterio que rodeaba á la Dama de noche aumentaba mi fascinacion por ella.

IV.

Yo soy vivamente impresionable, lo que quiere decir que soy frecuentemente propenso al entusiasmo.

Que creo en algo santo é infinito.

Y no se puede creer en lo santo y en lo infinito sin creer en Dios.

A pesar de esto soy fatalista y escéptico.

Pero mi fatalidad se refiere á los sucesos y mi escépticismo á los hombres.

Sobre todo esto está Dios.

Nunca mi alma se ha conmovido profundamente

bajo la influencia de la felicidad ó de la desgracia, sin que me haya vuelto á Dios, ya para darle gracias por la primera, ya para pedirle amparo contra la segunda.

Entonces me creia feliz: necesitaba arrodillarme ante Dios: necesitaba orar.

Creia haber encontrado la solucion del problema de mi vida: el amor.

Y era la media noche: los templos estaban cerrados.

Es cierto que Dios nos ve donde quiera que estemos; sin embargo, cuando estamos en el templo nos creemos mas ante Dios, mas cerca de Dios.

Me acordé de que en lo alto de la Cuesta de la Vega, en el mismo lugar donde hace ochocientos años la colocaron manos piadosas, hay una imágen de la Virgen.

Si yo no hubiese poseido ese sentimiento religioso, tierno y poético que tantas veces me ha consolado, que tanto en situaciones dolorosas me ha fortalecido, lo que os estoy contando quedaria reducido á muy pequeñas proporciones.

Creemos en la providencia, que es la santa fatalidad de Dios.

V.

Me levanté, salí del jardin, subí á lo alto de la cuesta, y me encontré delante de la blanca imágen de la Virgen de la Almudena, mas emblanquecida por la luz de la luna.

Permanecí por un momento de pié, y luego me arrodillé y oré.

Pedí á la Virgen la paz de mi alma, y la ventura para mi nuevo, mejor dicho, para mi primer amor.

No sé cuánto tiempo estuve orando, porque cuando el alma se abstrae, pierde el sentimiento del tiempo.

Pero de repente me sacó de mi abstraccion una voz dolorosa, una voz jóven, pero saturada, acentuada, por uno de esos sufrimientos que estremecen, que hielan, una voz llena de angustia que decia junto á mí:

— ¡Caballero!

Me volví y me puse de pié.

Delante de mí encontré una mujer.

Aquella mujer estaba pobre, aunque limpiamente vestida, y á pesar de la pobreza de su traje, se notaba en ella cierta elegancia.

Porque la elegancia no necesita de la riqueza.

Lo que en el mundo se llama distincion pertenece á la persona: no pueden darlo ni el sastre, ni la modista, ni el joyero.

La sociedad, mejor dicho, la humanidad, está dividida en castas, en razas.

¡Perdonad, oh vosotros los que quereis crear un mundo en que nadie tenga un cabello mas que otro!

Dios quiere que sea lo que es, y la voluntad de Dios se cumple.

VI.

La hora, el sitio, la situacion moral en que me encontraba, el dolor que como una atmósfera tangible emanaba de aquella mujer, su distincion, la vaga y blanca luz de la luna que nos alumbraba, la vírgen de la Almudena, mudo y santo testigo de aquella situacion, todo contribuia á causar en mí una impresion poderosa, extraordinaria, sobrenatural, en la que tenia gran parte el recuerdo de la Dama de noche que ardia en mí, intenso, invencible, tenaz, lleno de vagos encantos, de placeres desconocidos, de esperanzas indeterminadas.

El amor es hermano de la caridad: es la caridad misma enardecida por la voluptuosidad: la caridad materializada.

Pero á pesar de la parte de materialismo inherente al amor humano, el amor aproxima al hombre al ángel: le pone mas cerca de la caridad divina.

Por curiosidad y por interés examiné á aquella mujer.

Era muy jóven.

Apenas llegada á los veinte años.

Era rubia y pálida.

Su palidez la hacia parecer mas blanca de lo que lo era.

Y era blanquísima.

Sin ser hermosa, porque no lo era, lo parecia.

Y lo que hacia parecer hermosa á aquella criatura era su alma, que salia á su semblante, que se trasparentaba por decirlo así, dándole un encanto, un poder, una fascinacion inexplicables.

Pero á pesar de que su semblante no tenia esas formas correctas y puras de la belleza que en el conjunto determinan la hermosura, sus dulces ojos azules, el contorno y la posicion de su cabeza eran puros y nobles, y en cuanto á su cuello, nada mas mórbido, nada mas encantador ni nada mas ámplio y redondo que sus hombros, ni nada mas bello que sus pequeñas manos que tenia juntas en actitud de suplicar, ni nada mas gentil que su talle inclinado hácia mí.

Su traje consistia en un manto, un pañuelo de abrigo y una bata de percal.

La luna brillaba en sus lágrimas que corrían lentamente una por una á lo largo de su semblante.

VII.

Profundamente conmovido la pregunté en qué podia serla útil.

— Estoy desesperada, caballero, me contestó, y espero de Vd...

— ¡Todo! la respondí.

— He ido en busca de un médico: me ha sido preciso valerme de un sereno, que me ha llevado de mala gana á la puerta de una casa: ha llamado; cuando han sabido que era necesario venir al arrabal extramuros de San Isidro se han negado.

— ¡Ah! ¡comprendo! ¡no ha encontrado Vd. ninguno de esos señores que quiera servirla!...

— No, señor.

— Pues bien, tendrá Vd. médico, y bueno... ¡Eh! ¡Pedro! ¡Pedro! grité.

— Mi carruaje estaba mas arriba en la plazuela de Santa María.

Me habia vuelto para llamar á Pedro, y de repente me sentí asidas las manos y unos labios húmedos que me las besaban.

La desconocida se habia arrojado á mis piés.

Yo me apresuré á alzarla.

— Gracias, caballero, gracias, me dijo: no en vano al verle á Vd. arrodillado á los piés de la Virgen concebí una esperanza; Vd. tiene caridad.

— No hablemos de esto. Oye, Pedro, dije á mi criado que se acercaba: al momento, con el carruaje, á casa del señor Salcedo: que venga al instante... ¿á dónde? añadió volviéndome á ella.

— Al arrabal de San Isidro, número cuarenta.

— Vete, y á escape.

Pedro partió.

— Gracias de nuevo, mil gracias, caballero: yo... no puedo expresar á Vd. mi agradecimiento mas que con palabras... pero dígame Vd. su nombre.

— ¿Y para qué?...

— Para recordarle, para bendecirle.

— Vámos, vámos, que acaso hace Vd. falta al lado del enfermo, la dije presentándole mi brazo.

— ¡Cómo! ¿Me va Vd. á acompañar?...

— Debo acompañar á Vd.; es mas de media noche... debe Vd. tener miedo de ir sola allá abajo.

— ¡Miedo! sí, es verdad: ¿pero cree Vd. que mi miedo no se aumentará por el peligro en que Vd. se pone?

— ¡Peligro! es muy tarde: ¿quién ha de encontrarse á estas horas en el campo... fuera de camino?...

— Quédese Vd.; yo sola voy mas segura.

— No insista Vd., porque yo he de acompañarla.

— Pues vámos, me dijo con un singular acento de decision.

La ofrecí mi brazo.

Ella le aceptó.

Noté al darla el brazo que estaba vivamente agitada. Nos pusimos en marcha en silencio.

VIII.

Despues de una de esas emociones extraordinarias que determinan en nuestra alma el sentimiento ó el entusiasmo, sobreviene la reflexion, y con ella la reaccion al raciocinio frio.

Esta reaccion se efectuó en mí.

Acordéme de lances que habia oido contar ó que habia leído, porque á mí ningun lance de aquella especie me habia sucedido nunca; lances en que una aventurera generalmente bella, habia servido de cebo para llevar á un enamorado imprudente á una madriguera de ladrones; pero miré á la desconocida y me arrepentí de haber pensado tan mal de ella: el dolor salia á su semblante, y el llanto silencioso y continuo corria de sus ojos.

— ¿Es un hijo de Vd. quien está enfermo? la pregunté.

— ¡Mi hijo! exclamó levantando la cabeza con dignidad, mejor dicho, con altivez: yo no tengo hijos, caballero.

— ¿Su marido?

— Yo no tengo marido... no lo tendré.

Y la sentí estremecerse.

— Mi madre: añadió.

Y volvió á su silencio.

— ¿Y de qué padece su madre de Vd.?

— De infortunio.

— Bien, sí... pero la enfermedad...

— El infortunio.

— Pero cuando el infortunio mata, se vale de una enfermedad que provoca.

— A mi pobre madre no la duele nada, nada mas que el alma, y sin embargo se muere.

— ¿Pero qué indicios, qué síntomas?...

— Languidez, adormecimiento... una luz que se apaga...

— Si eso es así... temo que mi médico...

— Yo lo temo tambien; pero cuando una persona se muere, se llama siempre al médico.

— Creo que otro médico seria mejor.

— Sí, ¡Dios! pero es que Dios quiere á veces para salvar á sus criaturas sentenciarlas al martirio.

— Indudablemente, Dios es el mejor médico que pudiera buscarse para las enfermedades del alma; y Dios suele acudir sin que se le llame: ¿quién sabe si Dios se valdrá de mí como medicamento?

Se detuvo la jóven y me miró de hito en hito.

— No comprendo á Vd., me dijo.

— Yo soy... rico...

A pesar de que es muy difícil percibir el enrojecimiento de su semblante á la luz de la luna, me pareció que el semblante de la jóven se enrojecia.

— No, caballero, no; se apresuré á decirme: el dinero puede hacerlo todo menos los milagros; el dinero no puede resucitar á los muertos.

Y calló, y volvió á ponerse de nuevo en marcha ar-

rastrándome de una manera nerviosa é impremeditada consigo.

Decididamente todo lo que me acontecía aquella noche era extraordinario.

IX.

Atravesamos el espacio que antiguamente se llamaba la Tela, entramos en el puente de Segovia y...

Pero ya no estamos en la Cuesta de la Vega, y recuerdo que el nombre de esta cuesta es el que ha servido de epigrafe á este capítulo.

Pasemos al siguiente.

CAPITULO III.

EN QUE SE TRATA DE UNA AVENTURA LUGUBRE Y DE SUS PRIMERAS CONSECUENCIAS.

I.

Al salir de las casillas que existen al extremo del puente de Segovia, entramos en un camino solitario, guarnecido de un vallado con álamos negros de trecho en trecho.

— Tengo miedo, me dijo la jóven estrechándome el brazo.

— ¡Miedo! la dije; ¿y porqué?

— Por Vd., me contestó.

— ¿Por mí?

— Sí, ciertamente; por Vd. Si quisiese Vd. hacerme un favor...

— ¿Cuál?

— Volverse.

— ¿Y he de dejarle á Vd. sola?

— El arrabal está ya cerca.

— Sin embargo queda el trozo mas solitario, mas peligroso...

— Por lo mismo. Vuélvase Vd.

— No.

— Puede suceder una desgracia.

— No... de ningun modo.

— Créame Vd., me dijo deteniéndose: no son recelos infundados los que me mueven á pedir á Vd. que se vuelva. De tiempo en tiempo y con frecuencia suelen suceder por estos sitios desgracias.

— ¿Desgracias?...

— Sí: gentes heridas ó muertas por ladrones.

— Este no es camino de tránsito: el ladrón se encuentra en los lugares por donde pasa gente: en las carreteras, en los caminos...

— ¿Y si le han visto á Vd. venir?...

— En el lugar en que me encuentro, si me han visto me robarán del mismo modo al volverme.

— ¡Dios mio! ¡y que haya sido yo tan débil que le haya puesto á Vd. en tal peligro!...

— Recelos exagerados...

— Pero hay un medio.

— ¿Cuál?

— Cerca está la casilla del resguardo: hágase Vd. acompañar por un carabinero.

— Prefiero las consecuencias mas tristes, á ponerme en ridículo pidiendo auxilio contra un peligro imaginario.

— Sí... sí... bien puede ser que nada suceda... dijo ella... y siguió adelante.

II.

El camino hacia en aquel lugar un recodo.

Le doblamos, y ella y yo seguimos en silencio.

Confieso que mi silencio era de preocupacion.

Me creo valiente; en mas de una ocasion he arrojado con serenidad un peligro visible.

Pero entonces, lo confieso, sentía miedo.

Miedo no sé de qué... un miedo instintivo.

Y es que el valor absolutamente hablando no existe: el valor está en relacion con la situacion, con las circunstancias en que nos encontramos.

La verdad es que yo andaba con la vista y el oído sumamente atentos, como quien teme ver ó oír de improviso algo que le indique un peligro.

III.

Yo acostumbro llevar un puñal de Toledo.

Le llevo hasta á los bailes en el bolsillo de pecho del frac.

Es sin duda una manía.

Nunca se me habia ocurrido que aquel puñal me pudiese servir para nada.

Pero en aquel momento me alegré de mi manía.

Llevaba conmigo mi puñal.

Sin que lo pudiese notar la jóven, saqué del bolsillo de mi paletó el puñal y le oculté bajo la manga de mi brazo izquierdo, como dicen lo ocultan los matones cuando quieren herir sobre seguro y á traicion.

Yo empezaba á dudar de la desconocida, que seguía andando, callando y llorando.

Nada oía sin embargo, nada veía á pesar de la claridad de la noche, y ya estábamos cerca de las primeras casas del arrabal.

Allá al lejos por la parte de Madrid y gracias al silencio de la noche, se oía el ruido de un carruaje que adelantaba rápidamente.

Era posible, casi seguro que aquel carruaje fuese el mio.

Algunos minutos mas, y habia desaparecido todo temor.

Con el carruaje venian tres hombres valientes: mi médico y mis dos criados.

Este pensamiento me tranquilizó.

IV.

Ella tambien pareció oír el ruido de la carrera, porque se detuvo y me dijo:

— Suenan un carruaje.

— Debe ser el mio, contesté.

— ¡Ah! ¡quíralo Dios! respondió con ansiedad.

Y á seguida lanzó un grito agudo.

En el momento en que oí el grito, me sentí vigorosamente asido por detrás.

— ¡Calla ó muéres! me dijo una voz que tenia algo de acento extranjero.

— ¡Pablo! exclamó mi compañera.

Sentí que los brazos que me asian aflojaban, y dominado por el instinto de conservacion, me sacudí, me desasí, y al volverme encontré delante de mí á un hombre gigantesco.

Por instinto de conservacion tambien, extendí el brazo izquierdo y herí vigorosamente á aquel hombre.

Dió un grito de dolor, se llevó la mano al pecho y exclamó con voz angustiada:

— ¡Ah! ¡Ines, Ines! ¡mi amor á Vd. y á su madre me cuesta la vida!

Y cayó sobre sus rodillas, y luego se apoyó en la tierra sobre las manos, se dobló y calló.

El carruaje se acercaba.

— ¡Por favor, caballero, por favor! me dijo la jóven: aquí hay un misterio horrible: este infeliz vive con nosotras, y yo no puedo creerle ladrón.

Yo no sé qué contesté: estaba aturdido.

Y el carruaje llegaba.

— ¡Calle Vd., calle Vd. por Dios! insistió ella.

— ¡Callaré! dije sin poder ocultar mi recelo.

Y en este momento una carretela tirada por dos yeguas alazanas paró junto á nosotros.

Era en efecto mi carruaje.

V.

— ¿Qué es esto, señor, qué es esto? exclamó Pedro saltando del pescante.

— Es... que... este pobre negro... que vive conmigo, dijo la jóven, y con mi madre... me esperaba... habia salido á mi encuentro para acompañarme... y me encontré con este caballero...

La jóven me miraba con ansiedad, como suplicándome que callase, que no la interrumpiese.

— Iba detrás de nosotros... cuando le oímos dar un grito... nos volvimos...

— Y le encontramos herido, dije yo.

— Pero ¿quién le ha herido?...

— No lo sé... no lo sé, dijo el negro.

El doctor Salcedo, y Antonio mi cochero que habia abierto la portezuela al doctor, estaban en el lugar de la catástrofe y con nosotros rodeaban á Pablo, que era un negro magnífico.

— No perdamos el tiempo en preguntas ni averiguaciones, dijo el doctor, y veamos en qué estado se encuentra el herido.

— Muy malo, señor, muy malo, dijo Pablo.

— ¡Pobre hombre! dijo Pedro.

— Con él al carruaje, dijo el doctor, y vamos á donde íbamos, que por cierto no sé para qué.

— Para visitar á mi madre que se muere, caballero, dijo la jóven.

— Pues bien, vamos á ver si impedimos con la ayuda de Dios y de la ciencia que mueran esa señora y este rufian, dijo el doctor; al carruaje con él, y en marcha.

El negro fué puesto en la carretela por Pedro y por Antonio.

La carretela se puso lentamente en marcha, como para evitar con aquella lentitud que se perjudicase al herido.

La jóven entre tanto se habia asido á mi brazo é instintivamente me impulsaba hácia el arrabal, cuyas casas estaban ya cercanas.

Yo me dejaba conducir aunque con repugnancia, porque lo que acababa de suceder habia causado en mí una impresion muy desfavorable hácia la desconocida.

Llegamos al fin á una casa en la acera que proyectaba la penumbra de la luna.

La jóven sacó una llave y abrió la puerta.

Dentro en un reducido portal habia una bugía en una palmatoria de bronce.

— Por Dios, caballero, por Dios, dijo la jóven juntando las manos, guarde Vd. silencio por poco tiempo, por muy poco tiempo, porque este misterio no tardará en aclararse.

— Se lo prometo á Vd., la respondí con voz opaca.

La jóven gimió levemente: se conocía que la sequedad de mi acento la habia lastimado.

Poco despues llegó el carruaje.

Al mismo tiempo rechinó levemente una puerta colocada detrás de nosotros.

Me volví, y sobre el fondo oscuro de aquella puerta vi una mujer alta, delgada, vestida de negro.

— ¿Qué es esto, Ines? ¿qué sucede? dijo aquella mujer.

— Una desgracia, mamá, contestó la jóven.

— Una desgracia, dijo con sobrio salto aquella mujer adelantándose hácia nosotros.

— Sí, mamá, sí: Pablo ha sido herido.

Al mismo tiempo mis criados, ayudados por el doctor, bajaban al negro del carruaje.

El negro se quejaba de una manera comprimida.

— ¡Que ha sido herido! dijo aquella mujer, en cuyo acento habia algo de insensatez: ¡que ha sido herido Pablo, y este hombre tiene sangre en las manos!

Y señalaba con un dedo inflexible mi mano izquierda manchada de sangre.

Todos estaban ya al alcance de la voz de aquella mujer.

Todos oyeron su observacion.

Yo me miré instintivamente la mano y la oculté.

Estaba en efecto manchada de sangre.

— Este caballero, dijo Ines apresurándose á contestar, venia conmigo, cuando Pablo herido llegó junto á nosotros y cayó: este caballero le levantó, y entonces...

— Sí, entonces, dijo el negro, este caballero debió mancharse de sangre: fueron unos bribones, señora: este caballero venia con doña Ines.

Mis criados y el doctor Salcedo que sostenian á Pablo se habian detenido y prestaban una gran atencion á este diálogo.

— ¡Yo no comprendo esto, Dios mio! dijo con voz débil la madre: ¡mi hija fuera de mi casa con un desconocido! ¡Pablo, mi fiel Pablo ensangrentado!... ¡yo debo estar loca!... ¡esto no puede ser verdad!

Y vaciló, y para no caer tuvo necesidad de apoyarse en la pared.

— ¡Oh Gabriela! exclamó el negro.

— ¡Madre mia! exclamó Ines.

Y corrió á su madre.

Algun tiempo despues, y en dos distintas habitaciones del piso bajo, Ines acudia á su madre, y Salcedo, los criados y yo al negro.

CAPITULO IV.

UNA NOCHE DE AGONIA.

I.

— Socorran Vds. á la señora, dijo el negro: mi estado no es de gravedad: me duele demasiado la herida para que sea peligrosa: el arma se ha detenido en un hueso: se conoce que el que me ha herido no estaba acostumbrado á herir.

— En efecto, dijo Salcedo, la herida no parece muy grave, y sin embargo no deja de serlo, ¡y sin vendas, sin nada de lo necesario! Déme Vd. aquella tohalla, añadió Salcedo, señalando una que habia colgada en la pared, á uno de mis criados.

En cinco minutos Salcedo aplicó un vendaje sobre la herida.

En aquel momento apareció Ines pálida y consternada.

— ¡Mi madre! dijo alentando apenas: ¡mi pobre madre ha perdido el conocimiento!

Salcedo que habia acabado de curar al negro, adelantó hácia Ines, dispuesto á prestar sus servicios á la enferma.

Yo dejé á mis criados junto al negro y seguí á Salcedo.

Al sentirme junto á sí, Salcedo se detuvo y me dijo en voz baja:

— Por lo que pueda suceder, lávese Vd. las manos: allí en aquel ángulo hay agua.

Y siguió tras Ines.

Yo me detuve, y sin saber lo que hacia fuí á un lavamanos que habia en un ángulo, y me lavé.

— La sangre que no ha vertido el crimen, dijo el negro con voz cavernosa, no mancha mas que las manos: la conciencia queda blanca.

Aquella voz que parecia hablar desde la eternidad, me estremeció.

¡Qué noche! ¡qué noche aquella!

Una fascinacion inexplicable me llevó hasta el borde del lecho del herido.

Mis criados estaban en la puerta de la habitacion.

Ví que el negro iba á hablarme, é hice seña á mis criados de que saliesen.

Estos cerraron la puerta.

Yo fuí á aquella puerta y di una vuelta á la llave.

Sin saber por qué no queria que nadie oyese lo que el negro me hablase.

Volví junto al lecho y el negro me dijo:

— Siéntese Vd., caballero.

Me senté maquinalmente.

— El médico dice, continuó el herido, que mi estado no es muy grave: el médico no quiere asustarme: el médico cree que un negro no es hombre, y se engaña, caballero, se engaña: yo sé que voy á morir, que todo se reducirá á unas horas mas ó menos: solo lo siento por ellas... por Gabriela no, porque dentro de poco habrá muerto tambien: pero Ines... sola... abandonada...

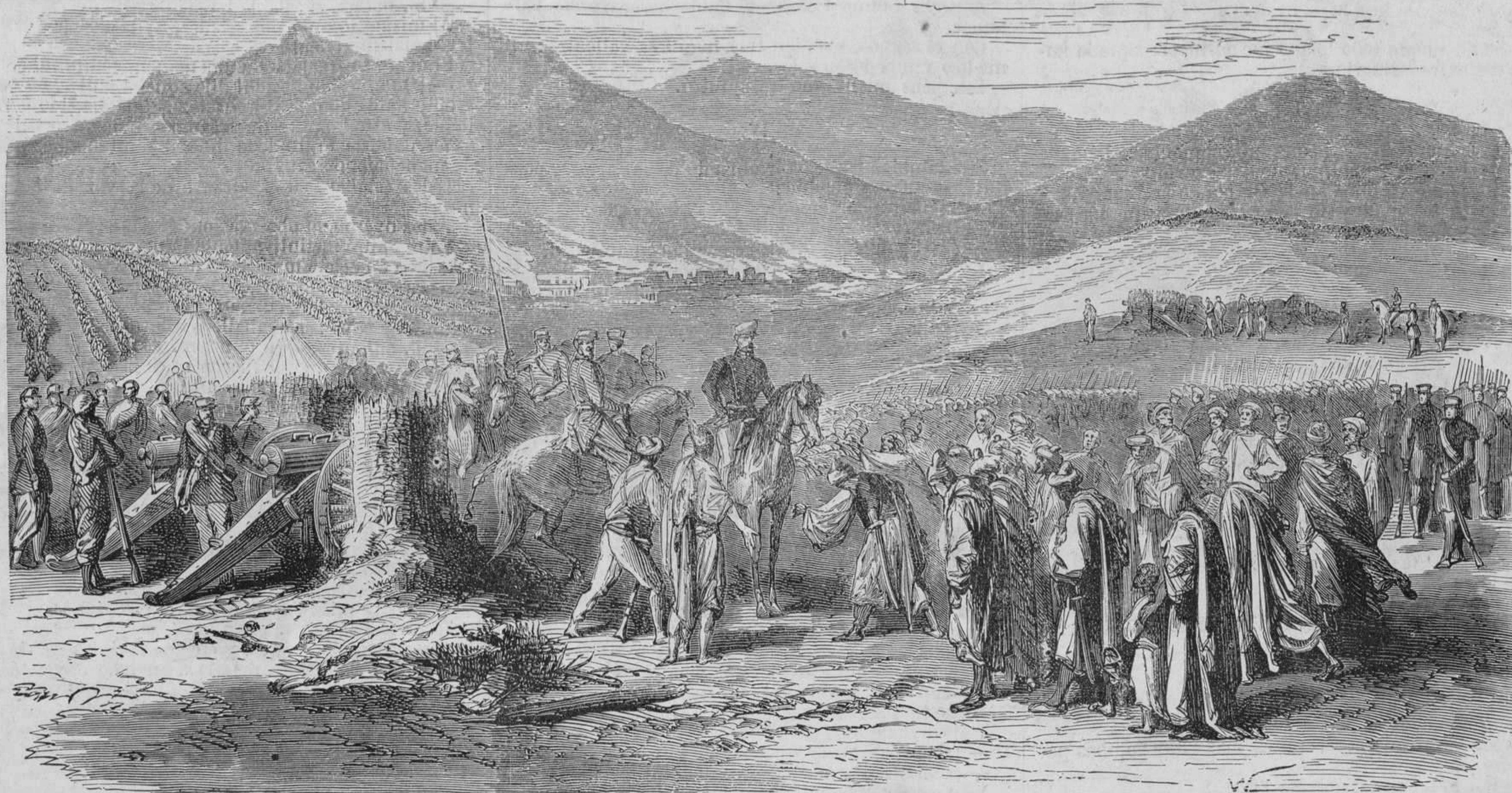
Sobre las negras megillas del herido corrieron dos gruesas lágrimas.

(Se continuará.)

La guerra de Africa.

LA RENDICION Y ENTRADA EN TETUAN. — REGOCIJOS EN MADRID CON MOTIVO DE LA VICTORIA DE LAS ARMAS ESPAÑOLAS.

No damos en este número el parte oficial de la batalla de Tetuan como hemos ofrecido á nuestros lectores,



DIPUTACION DE LOS HABITANTES DE TETUAN IMPLORANDO LA CLEMENCIA DEL GENERAL O'DONNELL.

porque estará mas en su lugar en el siguiente acompañando al plano de la batalla. Hé aquí el parte detallado que trata de la ocupacion de la plaza:

Ejército de Africa.
— Estado mayor general. — Excelentísimo señor: En comunicacion del 3 manifesté á V. E. que antes de emprender las operaciones del sitio de Tetuan, guiado por un principio de humanidad, habia creído de mi deber intimar la rendicion á la plaza, remitiendo á V. E. copia de la comunicacion que dirigí á su gobernador. Poco despues de haber marchado el moro que la llevaba, se presentó á nuestros puestos avanzados, precedida de una bandera blanca, una comision de los habitantes de la ciudad, presidida por Jamet-el-Abehir, agente consular de Austria y Dinamarca, la que conducida á mi presencia, me manifestó el estado de anarquía que reinaba en la plaza, y que la generalidad de los habitantes deseaba entregarla, siempre que se respetasen sus personas, propiedades y costumbres; pero que habia otra parte que opinaba por la defensa, y que esta se hallaba protegida por un cuerpo marroquí, situado al opuesto lado de ella, en su inmediacion.

A esta comision, que no pude comprender con qué carácter venia, repetí lo que habia dicho por escrito al gobernador, asegurándole que si bien cumpliria mis ofrecimientos si se sometian, pasadas las 24



ENTRADA DE LAS TROPAS ESPAÑOLAS EN LA CIUDAD DE TETUAN.

horas del plazo marcado no daría oído á ninguna proposicion, y tomaria la plaza á viva fuerza, en cuyo caso no respondia de lo que pudiera suceder.

La comision marchó, y yo esperé tranquilo que llegasen las diez de la mañana del 6, pero no sin activar el trasporte del tren de sitio al campamento, en el cual quedaron ya en la noche del 5 catorce morteros con su dotacion de municiones, que podian empezar á obrar antes de 24 horas.

Serian las ocho de la mañana del 6 cuando se presentó otra nueva comision que me hizo entrega de la comunicacion que remito á V. E. original, manifestándome el portador el estado lamentable en que se hallaba la poblacion, saqueada por las tribus y los moros de rey, especialmente en el barrio de los judíos.

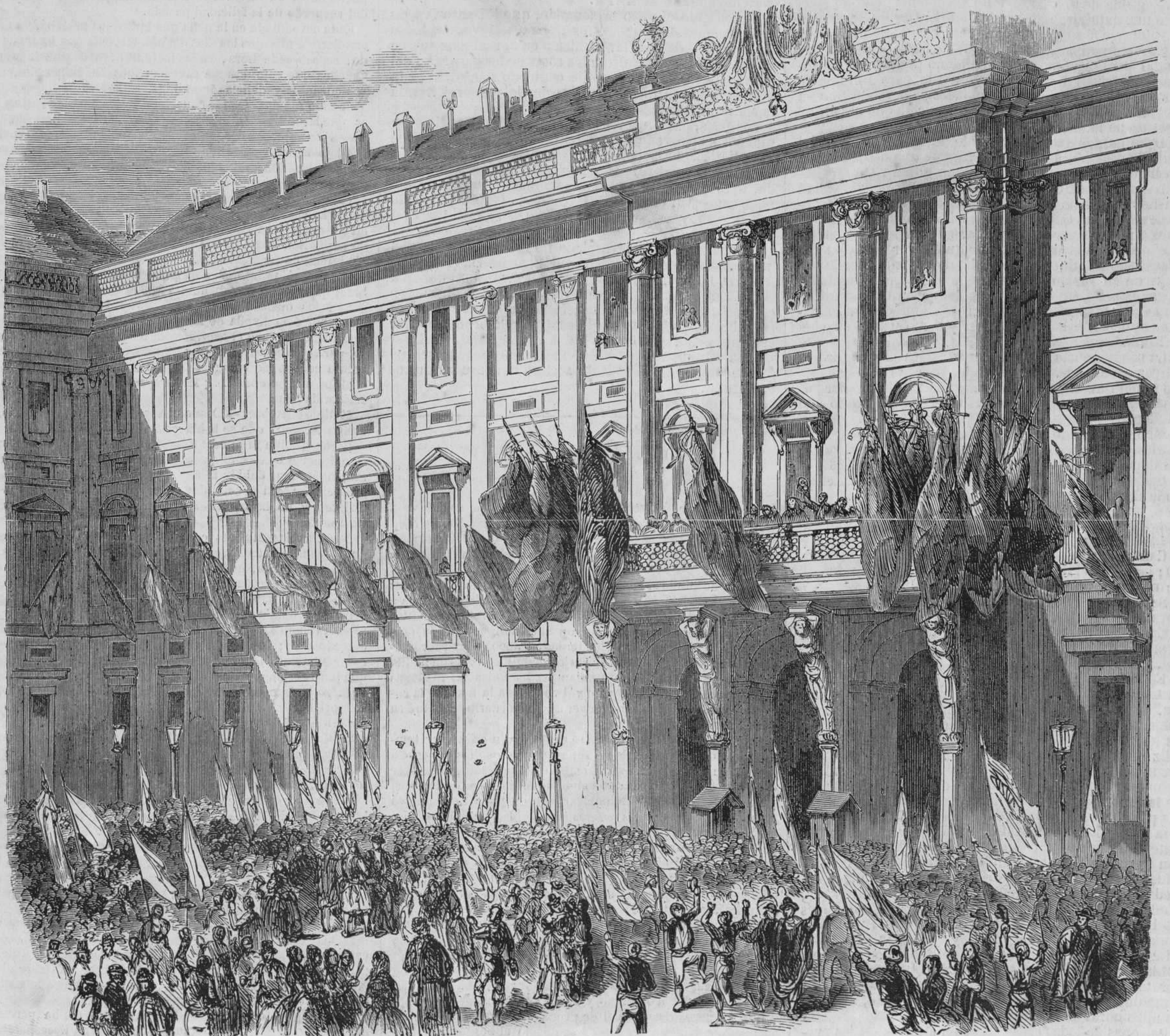
En el acto mandé poner sobre las armas al ejército, y ordené al general Rios que con su division marchase á la plaza, acompañándole una comision de jefes de artillería é ingenieros y estado mayor, precedida por el general Mackenna, para que desde luego se formase inventario de los efectos de guerra; y al general conde de Reus, que acampaba en las alturas sobre mi derecha, que se dirigiese faldeándolas sobre la Alcazaba con la division O'Donnell, que era la mas avanzada, siguiendo yo con mi cuartel general, y detrás el tercer cuerpo con el general Ros de Olano.



EL PRINCIPE DE ASTURIAS. HEREDERO DEL TRONO DE SPANA, CON EL UNIFORME DE CAZADOR DE MADRID.



UNIFORME DE LOS VOLUNTARIOS CATALANES DEL EJERCITO DE AFRICA.



REGOCIJOS PUBLICOS EN MADRID DELANTE DEL PALACIO CON MOTIVO DE LA TOMA DE TETUAN.

A las diez de la mañana la division Rios entraba en la plaza, y el general conde de Reus ocupaba la Alcazaba, teniendo que escalarla, puesto que estaba completamente abandonada y sus puertas cerradas: en este momento las fuerzas enemigas que la habian evacuado trataron de volver hácia ella con ánimo de ocuparla, y llegaban á las puertas de la plaza al mismo tiempo que nuestros soldados se hacian dueños de la fortaleza; y volviendo sus mismos cañones sobre ellos, hicieron algunos disparos, ante los cuales se retiraron precipitadamente.

A las diez y media la bandera española tremolaba en la Alcazaba, saludada por algunos disparos de cañon hechos por nuestra infantería, por no haber llegado aun la fuerza de artillería, y por los vivas á la reina de todo el ejército.

Triste era, Excmo. señor, el aspecto que presentaba el interior de la ciudad: por todas partes puertas forzadas, tiendas destruidas, efectos destrózados cubriendo el piso de las calles y algunos cadáveres de los asesinados por los bandidos que habian causado tanto desastre, ó de ellos mismos por los que procuraron defender sus vidas y fortunas.

Una parte de la poblacion, especialmente de la árabe, habia salido temiendo los últimos instantes de una dominacion y los principios de otra nueva; pero cuantos quedaban en la plaza salian á recibir á nuestros soldados, á quienes abrazaban como á sus libertadores, saludándoles en español con los gritos de ¡bien venidos! ¡viva la reina de España!

Ocupados los puntos principales del recinto y la plaza, se empezó á proveer á su órden interior y á formar los inventarios de la artillería y pertrechos de guerra, que son los que expresa el adjunto estado; todo lo habian abandonado, sin que hubieran pensado en inutilizarlo.

La plaza de Tetuan, por su estado, por la numerosa artillería que contiene y por el terreno que la cerca es susceptible de una larga y buena defensa; pero el ejército marroquí, que de derrota en derrota habia venido á colocarse á su frente para cubrirla, batido tan completamente en la batalla del 4, no podia tener fuerza moral para ejecutarlo; la abandonó porque sus muros no le parecieron bastante resguardo para librarse de las bayonetas de nuestros soldados; de modo que la ocupacion de Tetuan el 6 no fué otra cosa que el último período de la victoria del 4.

Debo manifestar á V. E., y lo hago para honra del soldado español, que sin embargo de que desde su desembarco en las costas de Africa no habia visto el ejército mas moros que los que combatia, los que quedaban en los campos de sus victorias y los que heridos recogian ellos; hoy que se ve en medio de una gran poblacion que era ayer su enemiga, no tan solo no ha cometido el menor desman, sino que al ver á este pueblo necesitado y hambriento sacaba de sus mochilas la galleta de su racion y la entregaba gozoso á hombres, mujeres y niños de los que salian á su encuentro, y hoy se le ve mezclado con moros y hebreos como si jamás hubiesen estado divididos, y como si toda su vida la hubieran pasado juntos.

La consecuencia de esta conducta es el que hayan empezado á regresar á sus casas muchas familias que las habian abandonado; y proclamado tal proceder por los árabes que salen en todas direcciones, confio con fundamento que muy pronto volverá á estar la ciudad como se hallaba antes de su abandono.

Dios guarde á V. E. muchos años. — Cuartel general del campamento de Tetuan 8 de febrero de 1860. — Leopoldo O'Donnell. — Excmo. señor ministro interino de la Guerra.

Copia del inventario de las piezas tomadas en Tetuan.

Cañones de á 36, 1; de á 24, 15; de á 16, 4; de á 12, 10; de á 8, 18; de á 6, 1; de á 4, 21; de á 3, 1; de á 2, 4; morteros de á 14, 1; de á 12, 2: total, 78.

Se han encontrado hasta ahora 70 quintales de pólvora y 2,000 proyectiles de los diferentes calibres.

Cuartel general del campamento de Tetuan 8 de febrero de 1860. — El general jefe de estado mayor general, Luis García.

Fácil es comprender la alegría que con la noticia de la toma de Tetuan se difundió en España por todas partes. En Madrid no se ha visto nunca un entusiasmo semejante, dice un testigo ocular de las demostraciones de los madrileños. Desde que se tuvo conocimiento del feliz suceso para nuestras armas, la Carrera de San Gerónimo y calles adyacentes se llenaron de un público inmenso, que corria ansioso por do quiera á cerciorarse de la exactitud de la noticia. Cuando no fué un misterio para nadie, el edificio de Correos se vió asediado por una inmensidad de personas, que deseaban adquirir detalles del suceso, y á quien el señor Posada Herrera, con su habitual galantería, mandó se facilitaran. Multitud de cohetes voladores anunciaban, frente á la sociedad del Casino del Principe, profusamente iluminada, también el hecho, y por último, las campanas de todas las iglesias, echadas á vuelo, y ciento veinte y seis cañonazos, llevaban á las cinco y media la nueva del triunfo de nuestras armas á los últimos rincones de la poblacion. Desde este momento, el tránsito de gentes por todas las calles, con músicas y banderas, y el estampido de toda clase de armas no ha cesado, ni aun á las altas horas de la noche en que escribimos.

Personas de todas clases leían en alta voz en las primeras horas de la mañana el parte del general en jefe, mientras que otros grupos numerosísimos, precedidos

por los vivos colores de nuestro pabellon, poblaban los aires con entusiastas vivas á la reina, á España y al ejército español. De todas las manifestaciones del entusiasmo público, ninguna mas entusiasta, mas ardiente, mas numerosa, que la de los alumnos de la universidad central, que en número considerable, y con las agregaciones consiguientes, pasarian de treinta mil personas. Esta inmensa falanxe se dirigió á la casa de la Armería, precedida por los dos estandartes llevados á Orian por el cardenal Jimenez de Cisneros, y que como es sabido, se custodian en la biblioteca de la universidad central. Llegada á la plaza de la Armería la comitiva, S. M. la reina se asomó al balcón que hace centro al salon de embajadores, teniendo al lado á su augusto esposo y al príncipe de Asturias con el uniforme del ejército español. Entonces pasó una escena conmovedora y verdaderamente indescriptible; la reina mostraba al príncipe de Asturias á la apiñada multitud, y esta llenaba los ámbitos de aquella inmensa plaza con los gritos de ¡Viva la reina! ¡Viva el rey! ¡Viva el príncipe de Asturias! ¡Viva España! ¡Viva el ejército español!

Otros diversos grupos menos numerosos, pero no menos entusiastas, fueron á la plaza de palacio á saludar á la reina. Las calles de Madrid han estado completamente obstruidas; á cada paso se veía una demostracion elocuente del júbilo del vecindario; todo era bulla, algazara, aclamaciones, movimiento incesante. La capital de España, movida por un solo impulso, guiada por el mismo sentimiento, ofrecia un espectáculo indescriptible, que de seguro no ha tenido igual en nuestra historia contemporánea.

Casi instantáneamente aparecieron en los balcones vistosas colgaduras, cuya inmensa mayoría ostentaban los colores del pabellon nacional. En muchas casas la bandera española, nunca abatida, ondeaba como símbolo del patriotismo de este pueblo heróico; la vista se confundia entre millares de inscripciones en honor del valiente ejército de Africa.

Entre tanto el grito prolongado, que tal parecian las aclamaciones del pueblo, resonaba á una vez en todos los extreños de Madrid, lo mismo en el real palacio que en los barrios extramuros; las casas de los generales del ejército vencedor estaban de continuo rodeadas por la muchedumbre, que penetró en la del general Zavala hasta la misma alcoba.

Los jefes, oficiales y soldados no podian transitar sin que á cada paso se viesen detenidos por los paisanos que á porfía les abrazaban y victoreaban. El batallon que se hallaba de guardia en el palacio, despues de ser relevado, tuvo mas de una vez que detener su marcha, y no pudo conservar el órden de formacion. Jamás se ha visto tan sincera y estrecha alianza entre el ejército y el paisanaje.

La noche serena y templada no rebajó las tintas del gran cuadro que immortalizará en la historia el día 7 de febrero. Las calles, iluminadas con profusion, daban á Madrid el aspecto mas pintoresco. Por todas partes se oían alegres serenatas, entusiastas canciones y gritos de júbilo. Ni el tiempo ni la fatiga pudieron debilitar el entusiasmo, y á la una de la madrugada reinaba la misma animacion que en el momento de saberse que la bandera española ondeaba victoriosa sobre los muros de Tetuan.

Revista de Paris.

En una tarde del verano de 1838 un carruaje se detuvo á la puerta de una casa de hospedaje en las cercanías de Fontainebleau, y se apearon una señora jóven y un caballero jóven tambien, que se proponian pasar en el campo aquella temporada.

Segun costumbre, se hicieron toda clase de suposiciones en la vecindad; pero como el caballero no hablaba nunca á nadie fuera de la casa, y la jóven daba limosnas á cuantos la pedian, poco á poco se fueron acostumbrando á su presencia. Por lo demás, su vida tenia tan poco de extraordinario, que no podia excitar ni la curiosidad ni los celos de nadie.

En los primeros tiempos salian juntos todas las mañanas con direccion al bosque, y no volvian hasta la hora de la comida. La noche la pasaban leyendo en su cuarto. Esta fué su vida durante el estío.

Cuando llegó el tiempo de la caza el jóven salia muy temprano y volvía tarde. Ella no salia nunca esos dias y parecia muy triste. Andrés, así se llamaba el jóven, hubo de hacer conocimiento en la caza con algunos parisienses de los que pasan el verano en Fontainebleau, pues á poco tiempo llevó á varios de estos nuevos amigos á la fonda, y comieron juntos y se divertieron bebiendo y hablando hasta las altas horas de la noche. Por la mañana se marcharon, y Andrés se fué con ellos y pasó algunos dias sin volver; luego estas ausencias se repitieron á menudo. María, que así se llamaba su compañera, pasaba estos dias cerca de la ventana ó cerca de la lumbre, trabajando ó leyendo, cuando no lloraba.

Por último, á fines del invierno Andrés se marchó, dejando pagado de antemano el gasto que podia hacer la jóven durante su ausencia, que anunció debía ser bastante larga.

Trascurrieron dos meses despues de su salida, y María no recibió ninguna carta; entonces ya la jóven estaba tan triste, que cambió en poco tiempo y acabó por caer enferma.

Los primeros dias del sol de primavera la reanimaron un poco, y por primera vez salió y se dirigió al bosque, sin querer que nadie la acompañara. Sin embargo, los hijos del posadero, que se habia interesado mucho por la pobre María,

la siguieron y volvieron diciendo que habia ido á una roca donde estaban escritos estos dos nombres: «Andrés — María» y debajo una inscripcion en una lengua extranjera.

Todo el verano lo pasó así, yendo todos los dias á la gruta; pero andaba tan lentamente y se mostraba tan abatida, que inspiraba compasion á todo el mundo. Por la noche escribía.

Cuando comenzó á soplar el viento del otoño y principia- ron á caer las hojas, el estado de María se empeoró: se conocia que su fin estaba cercano.

Por último, una tarde mandó llamar al amo de la casa, y cuando estuvo solo con él le entregó un pliego sellado, recomendándole que le guardara para entregarle á Andrés cuando volviera. Luego, dándole gracias por los cuidados que se habia tomado, le dijo que hiciera subir á los niños, y entre ellos repartió todo lo que poseía.

Aquella misma tarde de repente dió un grito y murió pronunciando dos palabras en lengua extranjera. El posadero dió parte á la justicia, se enterró á María en el cementerio de Fontainebleau, y abier'o el pliego escrito por la difunta, se vió que contenia una especie de diario que era su historia. Hé aquí su contenido:

2 de setiembre. — Tengo hoy la certidumbre de que la vida me abandona, como hace tiempo he abandonado yo la vida.

Anrés, no vivia mas que para amarte y ser amada de tí; nada me liga á este mundo desde que tu amor ha venido á faltarme.

Mientras he sido dichosa, eras tú mi único confidente y jamás pensé en tomar la pluma. Hoy mi corazon quiere saltá- seme del pecho, y tengo que confiar mis penas al papel.

Además, si alguna vez lees estos renglones, quiero que encuentres en ellos mi perdon, perdon que es muy fácil, porque la felicidad que he experimentado en nuestro amor compensa las desgracias.

4 de setiembre. — Un poeta ha dicho «que no hay peor dolor que el de pensar en las felicidades cuando se han perdido.» Yo no comprendo esta idea; las únicas alegrías que puede haber en mi pobre corazon son aquellas que proceden del recuerdo de la felicidad pasada.

Cada dia sentada en la peña que tanto nos gustaba, veo desarrollarse á mis ojos los dias del año tan feliz que ha trascurrido, repaso cada hora, cada incidente, y descubro aun en aquellos que entonces me parecian mas insignificantes, nuevos encantos y delicias ignoradas.

Cuando me aparecen los queridos fantasmas de los dias que se quedaron fijos en mi memoria, mi corazon sumergido en tristes voluptuosidades, se complace en acariciar esas imágenes lejanas, y cuando todo ha desaparecido, pareceme que mi alma se sube á mis ojos con las lágrimas y se calma suavemente con su santo rocío.

Te veo, Andrés, rico, jóven y hermoso, viniendo hácia mí, pobre huérfana extranjera que por lástima recogió tu familia en su seno, para demostrarme el primero de todos un poco de cariño, en lugar de esa compasion desdeñosa que me habia infundido tanta tristeza.

¡Oh! ¡Qué pronto se abrió mi corazon á tus dulces palabras; qué pronto me abandoné á la fe que me inspirabas, sin contar los obstáculos; mas en breve tu primera palabra de amor borró la huella de las lágrimas vertidas!... ¡Con qué resignacion te hice el sacrificio de mi honor, mi única riqueza, para que no tuvieras que luchar con tu familia, que jamás habria consentido en que te hubieras casado conmigo!

¡Dios me perdone!... ¡Mi arrepentimiento implora su misericordia!

10 de setiembre. — Desde el dia en que viniste aquí con amigos, conocí que se habia concluido nuestra felicidad.

¡Cuán grande fué nuestra imprudencia! En vez de venir á este desierto á consumir nuestro amor con nuestro amor mismo, habriamos debido ir á perdernos en el tamulito de una gran ciudad. Allí tu actividad habria encontrado alimentos exteriores, y no habriamos llegado á la saciedad en tan breve tiempo.

Nosotras las mujeres convertimos todo nuestro corazon en un sentimiento único; pero los hombres que llevan una vida mas agitada, hallan pronto el aburrimiento allí donde nosotras mantenemos un foco eterno que se alimenta consigo mismo.

20 de setiembre. — No puedes figurarte, amigo mio, qué alegría cruel es la que experimento al conocer que mi fin se aproxima. Si; ¿qué haria yo en este mundo? Arrastrar un dolor inconsolable entre una muchedumbre indiferente, porque jamás renaceria otro amor sobre las ruinas del primero. Prefiero pues marcharme hácia las playas desconocidas donde siempre he pensado que los buenos podian amar sin dolor y sin crimen. Andrés, allí te espero.

25 de setiembre. — ¡Ay! ¿Porqué me has abandonado? ¿Porqué me he encontrado en tu camino, yo, pobre huérfana extranjera? ¿Estaba escrito que debía yo morir aquí, lejos de mi patria y sola con mi desesperacion?

Mil veces leo en nuestra gruta del monte nuestros dos nombres, que tú decias debian estar menos unidos que nuestras almas.

¿Con que mentas entonces? ¡Oh Dios mio! ¿cómo puede ser que se mienta con miradas tan tiernas, con palabras tan dulces?

No, amigo mio, no mentas; te engañabas, y mi desgracia quiso que yo fuese partícipe de tu amor.

1º de octubre. — Hoy es el aniversario de uno de los últimos dias felices que hemos pasado juntos. ¡Cuán dichosos éramos! ¡Qué encantos tenia para mí toda la naturaleza! ¡Cómo desafiábamos á la desgracia!

En ese dia de júbilo y de fe serena descubrimos la gruta y grabamos en ella nuestros nombres.

Hoy he querido volver á verla; pero todo me ha parecido muy sombrío, y en un momento de amarga desesperacion he escrito debajo de nuestros nombres, en inglés, mi lengua, esta sentencia tristísima: «Desespera y muere.» Sí, ese es

mi horizonte; y siento que se aproxima con rapidez el momento en que van á concluirse mis padecimientos.

5 de octubre. — Aunque estoy muy débil he querido ir esta mañana al monte; tenía el presentimiento de que sería mi despedida á ese teatro de nuestras felicidades pasadas.

He recorrido todas las cumbres, todos los cespedes, todos los lugares donde hemos estado en los dias en que tú me amabas; y luego, otra vez en la gruta que visitábamos juntos, extendí mis dos manos hácia la llanura, y saludé con un adiós solemne cada punto de ese horizonte en donde nuestros ojos y nuestras almas se encontraban tan á menudo.

Pronuncié tu nombre y el mio repetidas veces; pero quebrantada por mi exaltación caí al suelo, y solo al cabo de algunas horas recobré fuerzas para llegar al lecho de donde ya no debía salir segun declaró el facultativo.

12 de octubre. — Presintiendo que la muerte me sorprendería de un momento á otro, he quemado todos mis papeles, á fin de que nadie mas que tú sepa mi triste historia.

No podrán grabar en mi sepulcro otro nombre que el de María, nombre que no es mio, pero que yo tengo en mucho, porque tú me le diste en uno de los primeros dias de nuestra felicidad.

He quemado todas tus cartas despues de haberlas leído por última vez.

Amigo mio, me has amado mucho, y todavía te lo agradezco. Unos meses de tal felicidad valen mas que una vida larga, atravesada siempre por sinsabores, sean cuales fueren la posición y la fortuna.

Adiós para siempre, Andrés; tengo que cerrar estas páginas antes de que la fria mano de la muerte arranque la pluma de mis manos.

¡Adiós!

Nada podemos añadir á esta triste elegía. La historia es cierta: los que visiten el bosque de Fontainebleau podrán ver en la gruta los nombres de Andrés y de María, y debajo la sentencia inglesa: «Desespera y muere.» En cuanto al diario, ha sido publicado en la semana última por M. G. de Penmarch, y hemos debido limitarnos á traducir solo los párrafos que preceden, porque su mucha extensión nos prohibía el traducirle íntegro.

MARIANO URRABIETA.

Anda el diablo en Cantillana.

(Conclusion.)

Aquella misma noche, porque de dia quizás habria sido peligroso, abandonó con toda su familia la maldita casa del duende, y agitado, desesperado y lloroso se volvió á Sevilla.

Desde allí, mientras otra cosa determinaba, resolvió alquilar la casa del duende. Pero no fué posible. ¿Quién habia de tener valor para entrar por sus formidables puertas? En el pueblo inspiraba un terror increíble; nadie pasaba por delante de ella sin necesidad urgente y sin santiguarse; y cuando los niños lloraban, las madres les decían: «que te llevo á la casa del duende,» y al punto se restablecía el silencio y triunfaba la disciplina doméstica.

Pero era preciso hacer algo para salir de esta situación. Pasaban los meses, la familia se moría de fastidio, el recuerdo de lo ocurrido era un disgusto permanente, se habian paralizado los ensayos para el cultivo de la caña de azúcar y del café, y no era posible permanecer de esta manera eternamente en el aire.

Por fin don Custodio adoptó una resolución heroica. El dia menos pensado pidió las mulas, y con su mujer, sus hijos, los negros y los loros, volvió resueltamente al pueblo.

A dos leguas y media de Cantoviejo y al mismo lado del rio, existía un convento famoso, edificado en mitad del campo, y cuya comunidad ejercía una influencia ilimitada en los contornos. En este convento habia un fraile, mas famoso que el convento mismo, y no tanto por su santidad como por su ciencia, que en mas de una ocasión lo habia hecho sospechoso al vulgo y le habia dado fama de nigromante.

El padre Gonzalez era hombre de perspicacia y de talento natural asombroso, y él se habia enseñado á sí mismo todo lo que sabia, que era mucho. Años atrás algunos jóvenes que estudiaban en una universidad no muy distante del convento, llenos de curiosidad y de deseos de saber, con motivo de ciertas cosas que habian leído en libros franceses prohibidos é introducidos por contrabando, habian hecho traer una máquina eléctrica y otros varios aparatos científicos con los libros necesarios para su manejo. En breve empezaron á circular rumores alarmantes por el pais, y la inquisición supo, con tanta indignación como asombro, que aquellos jóvenes, haciendo uso de una máquina diabólica con rueda de cristal, sacaban chispas de varios cuerpos, producían sacudimientos violentos en ignorantes campesinos, erizaban el cabello de un muñeco estrofa-lario, hacían dar saltos á las ranas muertas, con otras diabluras que evidentemente procedían del estudio de la magia. Los vigilantes centinelas de nuestra fe, como los llama Cervantes, acudieron al punto al lugar del peligro, se apoderaron de libros y máquinas, y deplorando que la dureza y maldad de los tiempos no les permitiera consignar á los estudiantes á la hoguera, los condenaron á pasar un año en distintos conventos, estudiando solamente la doctrina cristiana.

Los libros y las máquinas fueron depositados en el convento á que perteneció despues el padre Gonzalez, el cual, aplicándose asiduamente á su estudio, llegó en breve á penetrar todos sus misterios; aunque mas pru-

dente que la juventud inexperta que por entonces empezaba á abrir los ojos en España, se los reservó para su solaz particular, y encerró dentro de su pecho por muchos años los exquisitos gozes que estas investigaciones le proporcionaban.

Aunque ya hacia tiempo que habia desaparecido la inquisición, y aunque ya se podia decir que estaba amaneciendo en España, el padre Gonzalez no abandonaba su cautela, y todos sus estudios eran reservados; lo cual contribuyó á que se le creyese adepto de las ciencias ocultas; tanto, que el lego Agapito que lo servía y que era el gracioso del convento, solía seguirlo cuando andaban los novicios por allí, haciéndole visajes por la espalda y tapándose las narices, segun el ejemplo de fray Antolin en *el Diabolo predicador*, como si le incomodasen las supuestas emanaciones del azufre; chiste que siempre encontraba el éxito mas completo entre aquella aguda juventud que aspiraba á la gloria y á la penitencia del claustro.

Al padre Gonzalez pues acudió don Custodio, y despues de explicarle minuciosamente el caso, le suplicó que acudiese con las armas de sus ciencias ocultas á combatir y vencer el duende que se habia apoderado de su mansion.

El padre sorbió lentamente un polvo, clavó en don Custodio su penetrante mirada, y le dirigió varias preguntas encaminadas á descubrir si estaba en el goce cabal y completo de sus sentidos, y si el duende estaba mas bien que en el piso superior de su casa, en algun rincón desalquilado y vacío de su cerebro. De este examen sacó el convencimiento de que si bien don Custodio no disfrutaba de una inteligencia de primer orden, al cabo no era un loco; y picada su curiosidad, se propuso ir personalmente á descubrir el misterio.

Tomó pues la mula y volvió á Cantoviejo con don Custodio.

Llegado al pueblo, tuvo una larga conferencia con el cura y el cirujano, y no pudo menos de sonreirse al ver el terror del primero, y al escuchar las estrambóticas teorías del segundo. Recogidas las noticias que necesitaba, pasó á la casa del duende, la reconoció escrupulosamente, y se puso á esperar el ataque del enemigo. Nada sucedió aquel dia, y la noche se pasó con toda tranquilidad.

Al dia siguiente vinieron á comer con él el cura y el cirujano, y se dedició que no solo se comería en la sala del piso alto, sino que todos esperarían allí á pié firme la irrupción del duende. El valor y la sangre fría del padre dieron aliento á los demás, si bien el cura protestaba declarando que esto era tentar al diablo, y que la cosa podia costarles cara.

Durante largo rato nada sucedió, y ya empezaban todos á creer que nada ocurriría, cuando de repente se oyó, como en el dia del gran festin, el pisar de los caballos y el rodar de los coches por la arena.

El cirujano y don Custodio cayeron redondos al suelo.

El padre Gonzalez miró al rededor de sí con aire sorprendido, y empezó á acariciarse la barba, como quien trata de adivinar una charada de complicaciones superlativas.

— ¡El duende! exclamó el cura agarrándose con ambas manos á la silla, como temeroso de que lo montase á la grupa de una escoba y se lo llevase volando por la ventana.

— ¡Qué duende ni qué berengenas! replicó algo profanamente el padre Gonzalez; la cosa es en efecto extraordinaria y me confunde; pero los duendes han muerto hace años, y esto debe tener una explicación natural y lógica.

En esto se oyó el lúgubre tañido de la campana, que doblaba melancólicamente como si estuviese suspendida en mitad de la sala.

El terror de los asistentes subió de punto. De un momento á otro esperaban ver entrar en la sala á Benito, encargado de negocios de la majestad satánica echando fuego por narices y boca, y dispuesto á llevarse á todos por escotillon á los profundos abismos.

El padre Gonzalez tomó dos prolongados y abundantes polvos, sacudió los residuos que cayeron sobre el hábito, y se puso á tranquear de arriba abajo por la sala con aire meditabundo. Su razon le decía que aquello debía precisamente tener una explicación natural; pero no daba con ella.

En esto se oyeron los ecos sonoros de una robusta voz que entonaba el oficio de difuntos. El padre Gonzalez se detuvo, aplicó el oído, se asomó á uno de los balcones, revelando en su fisonomía el mayor grado de asombro.

— ¡Por vida de mi abuela! exclamó al cabo: esa es la voz de Fr. Gregorio; y necio de mí, que hasta ahora no me habia acordado de que hoy hay funeral en la iglesia de mi convento. La cosa es sencillísima, aunque muy notable. Observen Vds. de dónde viene el viento: sopla del lado de mi convento, trae de allí las voces, las reverbera en esas colinas peladas que están al otro lado del rio, y de allí vienen á morir á esta habitación. Este es todo el misterio. El fenómeno es extraordinario, pero no pasa de ser un fenómeno de acústica. Tiene Vd. en su casa un eco prodigioso, y de ahora en adelante tenemos que andarnos con cuidado en el convento, porque desde esta sala se puede espiar todo lo que en él se dice.

El mismo cirujano tuvo que confesar que en materia de teorías claras é ingeniosas, ni él mismo era digno de descalzar al fraile.

Así murió en edad temprana el duende de Cantoviejo, y se convirtió en uno de los ecos mas extraordinarios de que se tiene noticia. El padre Gonzalez hizo mil

experimentos para confirmar la verdad de su explicación, y no quedó duda. Corrió la fama del eco por todo el mundo, y de todas partes venían á oírlo. Hasta vino un célebre sabio alemán, que lo examinó objetiva y subjetivamente, y escribió sobre él una obra en cuatro tomos en cuarto mayor, en que apuró la materia bajo los puntos de vista acústico, sentimental, teológico, histórico y supersticioso. Un sobrino suyo reprodujo los cuatro tomos en una serie de baladas en que hacían gran figura las ondinas del Guadalquivir, una de las cuales acababa por casarse con el padre Gonzalez. Ambas obras fueron remitidas al alcalde de Cantoviejo, y por muchos años fueron las delicias de sus chicos, que encontraron en ellas una mina inagotable para la elaboración de gallos y palomitas.

El duende murió á manos del padre Gonzalez; pero de cuando en cuando daba sustos á la familia y á los amigos que la visitaban con sus ruidos extraordinarios, aunque explicables. Quien lo mató definitivamente algunos años despues fué Mendizabal, que vendió las campanas y suprimió el convento. Por cierto que un tio mio compró el edificio en trescientos setenta reales, lo demolió, y solo con la venta del herraje y de la madera compró uno de los cortijos mas bonitos de Andalucía, que piensa dar en dote á su hija mayor cuando tome estado.

Nada mas me incumbe referir de la familia ultramarina y de don Custodio. De cómo llegó á ser alcalde de Cantoviejo; de cómo prosperó su ensayo sobre el cultivo de la caña de azúcar y el café; de cómo casó á su hija Antonia con uno de los hacendados mas ricos de los alrededores; de cómo su hijo Pepe llegó á sentarse en el estamento de procuradores, con otros sucesos curiosos y sabrosas aventuras que naturalmente deseará saber el curioso lector,

Forse altro canterà con miglior plettro.

MARTINA MARTINEZ.

Descubrimiento de países desconocidos

EN LA AMÉRICA CENTRAL

POR EL CABALLERO DE PONTELLI.

Otro nombre mas hay que añadir hoy á la lista de los atrevidos obreros de la civilización, como son los Vaillant, los Caillé, los Livingstone, cuyos descubrimientos han sorprendido y admirado á los contemporáneos. Sin querer rebajar en nada la gloria de esos hombres notables que afrontaron los peligros, las fatigas y hasta la muerte con la esperanza de descubrir nuevos horizontes, creemos poder afirmar que ninguno de ellos ha traído aun de sus lejanas excursiones unas observaciones de tanto interés como las del caballero Pontelli. Efectivamente, no se trata ya de cabañas, de tribus y de negros bárbaros; las comarcas enteramente desconocidas exploradas por el señor Pontelli están habitadas por una raza inteligente, guerrera, cuyo cutis tiene apenas el color bronceado, y que posee una historia atestigüada por muchos magníficos monumentos, indicios de una civilización adelantada.

Las sociedades geográficas se han hecho cargo ya de estas curiosas revelaciones. En Paris y en Nueva-York los periódicos han hablado del señor Pontelli y de sus atrevidos viajes. La ocasión es hermosa para nosotros, y vamos á levantar el velo que cubría esas misteriosas comarcas. Nuestros lectores sabrán apreciar la importancia de las noticias que vamos á publicar, y de cuya exactitud no nos queda ninguna duda.

En uno de nuestros próximos números daremos el mapa que debe servir para la inteligencia de las explicaciones que ha dado el valeroso explorador, á quien dejamos el cuidado de exponer las observaciones que ha recogido.

«Despues de haber recorrido, dice, una gran parte del Africa y del Asia, y visitado la América del Sur en toda su extensión, mis investigaciones científicas me condujeron á la América central donde he pasado tres años consecutivos. Desde el istmo de Panamá hasta Tehuantepec, lo he explorado todo, y así he tenido la gran fortuna de descubrir una comarca *enteramente desconocida en la geografía.*

Si ningún extranjero ha podido penetrar allí antes que yo, eso consiste en que los habitantes alimentan desde la conquista un odio mortal contra la raza blanca y española, y así es, que en ciertas épocas salen contra las ciudades del litoral, de Yucatan, de Vera Paz, de Tabasco y de Chiapas, destruyéndolo todo.

La parte del pais mas interesante está situada en uno de los límites del territorio mejicano del estado de Chiapas; ocupando una superficie muy extensa en la parte Sur de Méjico y en el Océano Pacífico, que abraza como unas 12,000 leguas cuadradas. Regado por una porción de rios y de canales rápidos y sinuosos, ese territorio, cortado por muchas montañas, me recordó de tal modo la Suiza donde he pasado yo la mayor parte de mi juventud, que al punto la di el nombre de *Suiza americana.*

Las numerosas ruinas que cubren la tierra me interesaron vivamente.

Las sociedades geográficas de Nueva-York y de Paris han hablado ya de *Copanaquista* y de *Ostula*, que yo he sido el primero en señalar á su atención; pero independientemente de los magníficos restos de una civili-



SEPULCROS DE LOS INDIOS EN LA SELVA.

zacion muy adelantada que cubren el territorio de esas dos ciudades, podria mencionar aun los nombres de siete á ocho ciudades mas.

En los teocalí ó sepulcros de los antiguos guerreros y de sus familias, se ven todavía jeroglíficos y están cubiertos de antiguas esculturas.

Con sorpresa y admiracion se encuentran tumbas de reyes, sarcófagos, torres, restos de palacios, hermosos mosaicos, acueductos bien conservados, aunque enterados en parte, y torres cuadradas de pórfiro y de jaspe de un solo trozo.

La hermosura de estas ruinas es superior á todo cuanto se puede imaginar.

Todo viajero que no esté versado en el conocimiento de los idiomas de aquellas antiguas razas tan diferentes entre sí, y que no comprenda los jeroglíficos maya ó del Japon, no podria hallar nada en esos restos.

Insisto particularmente en los signos japoneses, porque ellos me han hecho reconocer una porcion de ídolos que hacen el objeto del culto, como los dioses *Amida*, *Toranga*, *Xantai*, *Xaca*, *Canu*, el pez *Natsja* y el *Serpent* (este último rodea las piedras donde se hacian los sacrificios).

Los indios mayas, zapotecas y lacandones, tribus guerreras, habitan en el interior; para penetrar entre ellos, es preciso conocer sus lenguas, tener conocimientos de arte militar, equitacion, química, botánica y mineralogía para granjearse estimacion y consideracion cerca de los jefes y de los ancianos, y poder recoger los muchos secretos de las plantas y noticias sobre la riqueza de la tierra.



LA CAZA CON PUÑAL.



RUINAS DE OSUTA.

El indio de esas comarcas es buen observador, y nada escapa á su mirada penetrante. Enemigo de la lisonja, honra á un extranjero si reconoce en él cualidades superiores; pero cuando halla hombres que quieren hacerse superiores en raza y quieren ser dominadores, los trata sin conmiseracion alguna.

Para penetrar sin peligro en medio de esos pueblos guerreros, se necesitan una apariencia sencilla, gustos sobrios y un carácter enérgico que inspire á la vez la estimacion y la confianza, estimacion y confianza que el indio no concede sin haber puesto á prueba al extranjero.

Muy lacónico, el indio habla frecuentemente por señas. El

pimero á quien me acerqué me preguntó qué es lo que yo buscaba en el país; y luego, para probarme, me presentó un potro que tuve yo que domar. También me convidó á cazar fieras, y por último me trajo cuarzo que contenia metales y algunos frutos; ¡pobre de mí si no hubiese sabido triunfar de esas diferentes puebas! el desprecio y la expulsion habrian sido al instante el castigo menor de mi ignorancia.

El medio que emplean los indios para trasmitirse un aviso de tribu á tribu es muy sencillo; se ponen una trompa en la boca, y con ciertos sonidos particulares indican tal ó cual noticia. En cuanto un forastero aparece en su

territorio, al instante se señala su presencia á una distancia de veinte y cinco leguas en menos de una hora; si es un enemigo, las emboscadas que le arman hace que muy pronto caiga entre sus manos.

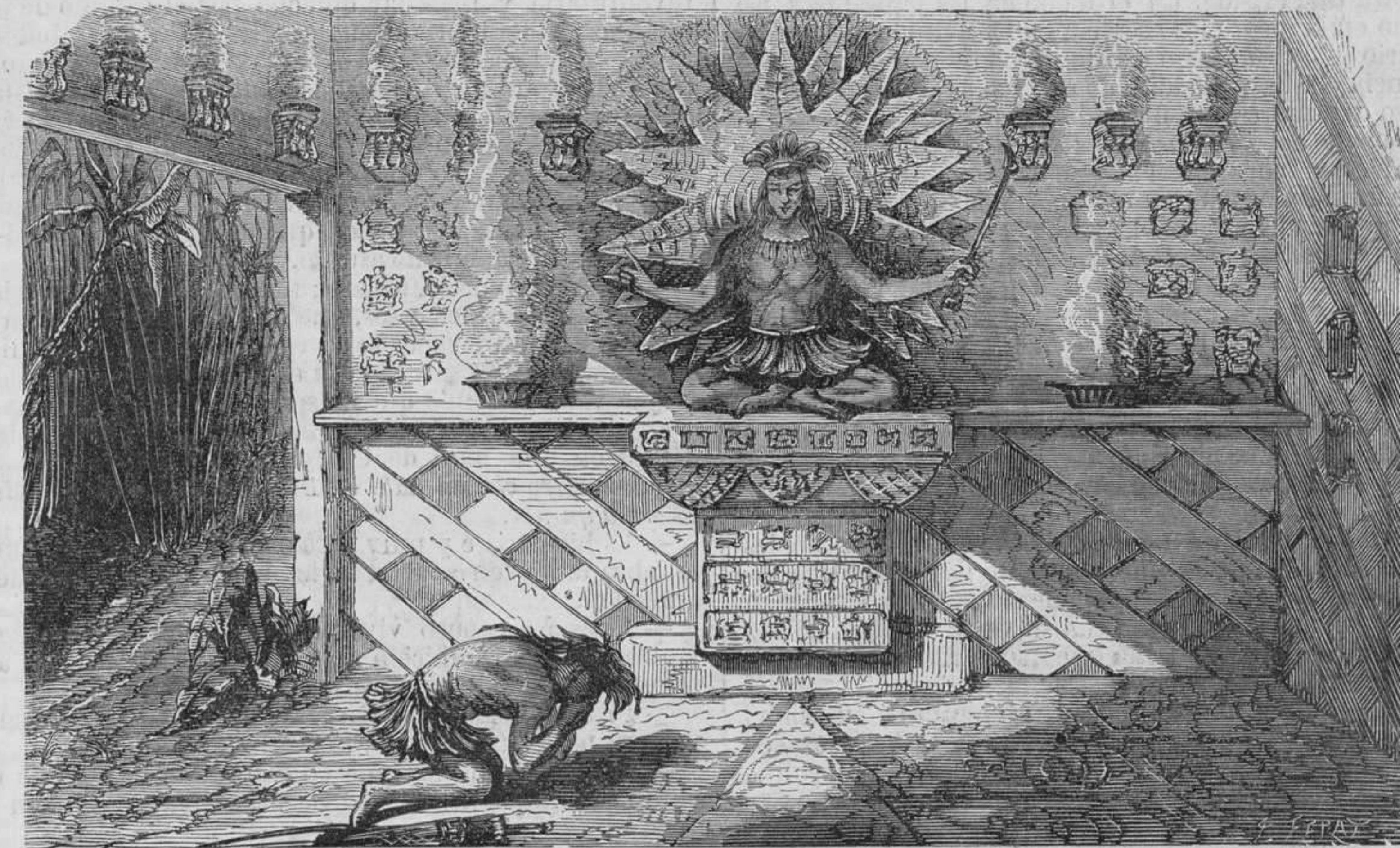
La poblacion es sobria y de una rigidez de costumbres extraordinaria. Si alguno de la tribu se ha hecho culpable de un crimen, al punto se reúne el consejo de los ancianos y le juzga, y no solo el culpable es castigado con arreglo á su falta, sino que sus parientes hasta el grado mas lejano tienen que expatriarse con él, pues ya no les quieren en la tribu.

En otro artículo volveré á tratar de la inagotable mina de curiosidades y de observaciones que contiene esa comarca desconocida de la cual no he dado hoy mas que una noticia general; hé aquí entre tanto la explicacion de mis dibujos:

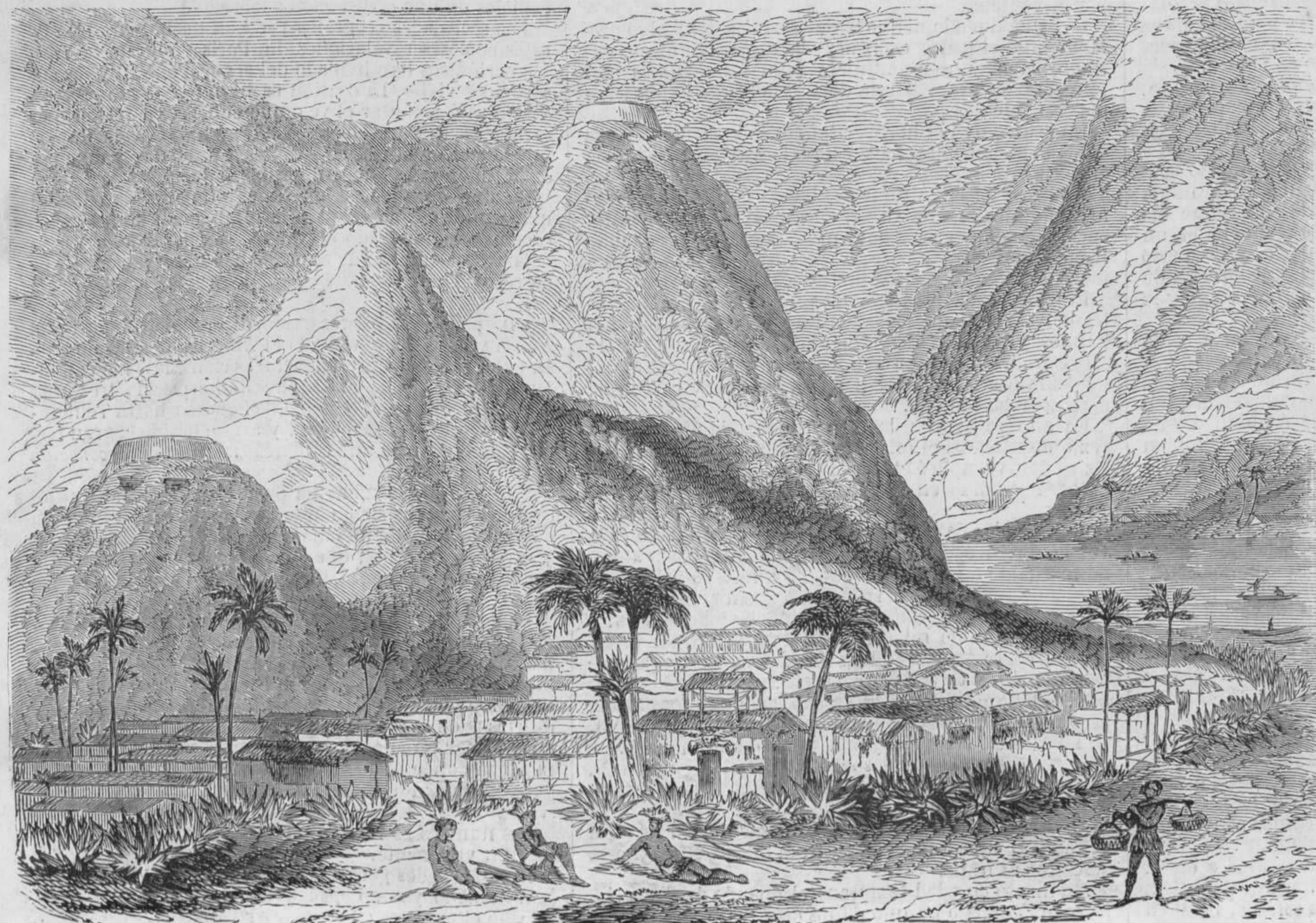
Ruinas de Ostuta (ciudad del gran jefe). Están situadas en un punto de los mas pintorescos. Esta ciudad, que fué antiguamente la residencia de los jefes, se extendia á la orilla del río llamado hoy el Dorado, en un magnífico valle rodeado de montañas. Desde una de las cumbres se ven las ruinas de un antiguo palacio, del cual se domina y se descubre todo el valle. Al pie de esa altura se ve otro palacio, con una porcion de figuras y de jeroglíficos, fragmentos de columnas y chapiteles sembrados por el suelo. No dudo que en esas antigüedades haya descubrimientos y riquezas infinitas para la ciencia. Es evidente que en esos lugares hay recuerdos históricos que inspiran el mayor respeto; prueba de ello es la costumbre que impone á los indios el cargo de guardar, relevándose alternativamente, la



PIEDRA DE LOS SACRIFICIOS EN LA SELVA.



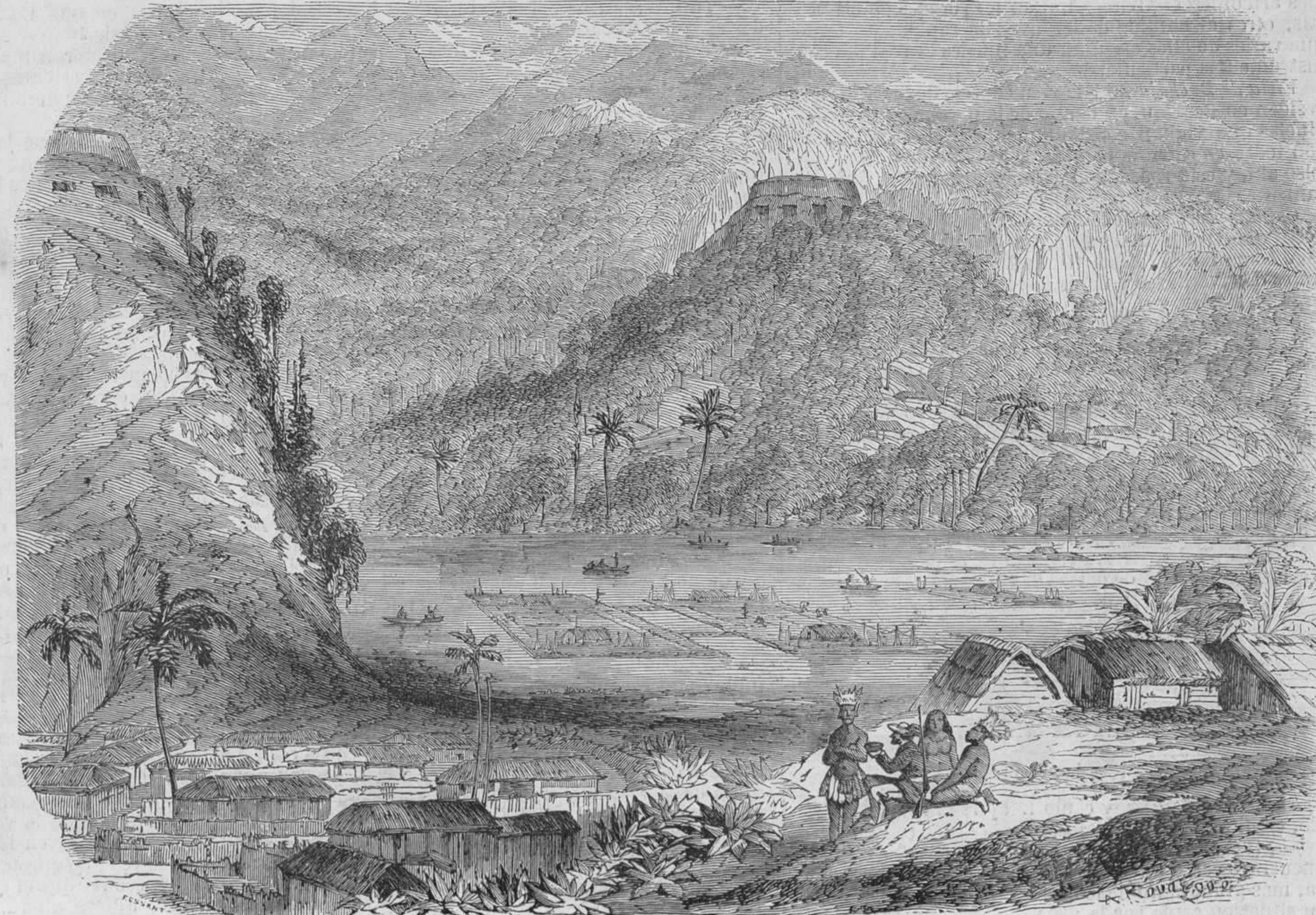
INTERIOR DE UNA GRUTA DE ADORACION.



VISTA DE BACHAJU.



EL JEFE BACH-NA-IBLT (Leon de los Andes). LA MUJER DEL BACH-NA-IBLT (Rosa de los Andes).



CHINAMPAS Ó JARDINES FLOTANTES.

entrada de esas ruinas, lo mismo que se practica en las grutas, residencia de sus divinidades.

Piedra de los sacrificios en la selva. Entrelazada de serpientes, esta piedra recibía la sangre de las víctimas. En el pedestal tiene jeroglíficos. Un arroyuelo, que viene de un poco más lejos, se pierde en la tierra al pie de ese altar. Según la tradición conservada, el sacrificador arrancaba el corazón de la víctima, le mostraba primero al pueblo y luego le consagraba á la divinidad.

El jefe Bach-na-Iblt (el león de los Andes), jefe de los indios Lacandones, está representado en su traje de guerra. Solo el jefe tiene derecho para cubrirse la cabeza con una piel de león. Bach-na-Iblt es un hombre de una destreza extraordinaria; monta con la mayor audacia los potros salvajes, atraviesa los precipicios y mata con la flecha un pájaro al vuelo.

Su título de jefe no es hereditario. Si en el curso de algunos años ó lunas hay otro que le aventaja en victorias, ó en destreza, ó en conocimientos naturales, el consejo de los ancianos delibera para elegirle un sucesor. El jefe desposeído pasa á formar parte del consejo de los ancianos. Para que una mujer se case con un Bach-na-Iblt, debe también hacer sus pruebas.

Nada más curioso que la investidura de un Bach-na-Iblt ó león de los Andes. Le cubren el cuerpo de pieles de danta y le ponen un collar de dientes maxilares humanos; son sus condecoraciones que representan otras tantas victorias sobre sus enemigos.

Interior de una gruta de adoración. La divinidad está colocada en el centro de un sol de nácar, plata y oro, mostrando con la mano derecha el sol, y teniendo con la otra una espada. En el fondo de los jeroglíficos, así como en la piedra que sostiene á la divinidad, este santuario está iluminado constantemente con un fuego de esencia olorosa, y adornado con un pavimento de mosaico que representa flores de toda clase.

Convite del jefe Bach-na-Iblt. Un día me convidó el jefe á cazar leopardos. Partimos muy temprano y llegamos á una plazoleta en el fondo de la selva, donde había una madriguera de leopardos que él conocía. Cuando llegamos allí el jefe dió la señal de ataque gritando: ¡jach! ¡jach! que quiere decir: atención. Todos nosotros estábamos armados con una escopeta y una carabina. Yo atacé al macho, que estaba de centinela en un árbol, precisamente en el instante en que se disponía á lanzarse sobre mí. La carga le entró en la cabeza y cayó muerto, en tanto que el jefe mataba á la hembra de una puñalada en el corazón; luego tomamos los dos pequeñuelos que estaban acurrucados el uno sobre el otro.

La mujer de Bach-na-Iblt, llamada la Rosa de los Andes. Esta mujer es una arrogante figura; el tipo indio se halla en ella muy dulcificado por una expresión inteligente. La represento con su vestido ordinario; es la única mujer de la tribu que tiene privilegio para llevar en sus hombros una piel de león.

La Rosa de los Andes acompaña siempre á su esposo á la guerra y á las grandes cacerías; prepara en sus excursiones la comida del jefe, monta como él potros salvajes y se bate á su lado. Cuando después de una expedición en la que han salido victoriosos, vuelven al seno de su tribu, son recibidos con gritos de alegría. Es una mezcla singular de los ruidos más extraños y menos armoniosos. Algunos imitan los rugidos de las fieras, otros el chillido de las aves de rapiña, en tanto que varios de ellos ejecutan una música estrepitosa con instrumentos particulares.

Vista de Bachaju. El jefe y su consejo de los antiguos residen en Bachaju, en lo alto de la montaña; hay centinelas que vigilan constantemente el país. Las casas son todas de caña de bambú; solo la del jefe tiene un piso alto y está rodeada de palmeras plantadas simétricamente.

Chinampas ó jardines flotantes. Nada es más pintoresco que esos jardines flotantes que navegan sobre el lago como balsas. Hasta tienen habitaciones. Esos jardines dan verduras y flores de toda clase. Allí se celebran las fiestas, y se pesca de noche y de día.

Sepulcros en la selva. La tumba del centro tiene á cada lado un guerrero con un trofeo; estas figuras están regularmente conservadas. En cada lado hay signos y jeroglíficos. Esas tumbas están en bóvedas, y se podría bajar á ellas si la entrada no estuviese obstruida con piedras. Cuando se visita ese campo de los muertos, el indio guardian sigue con la mayor vigilancia los pasos de los visitantes. Cree uno estar solo, pero siempre está bajo la vigilancia de ese guardian invisible que espía todos los movimientos; cuidado con atreverse á tocar á esas tumbas, pues al menor ruido, al menor ademán que demostrara semejante profanación, una flecha que partiría de detrás de un árbol ó una puñalada castigarían al punto esa violación sacrilega.»

LEON DE PONTELLI.

EL DOCTOR ANTONIO.

(Continuación.)

Antonio se detuvo, y como Lucy le mirase en silencio, continuó:

— ¿Qué podría darme? ¿Una buena casa? — Yo me encuentro como un príncipe en mi choza de Bordighera, más grande aun de lo que necesito, y que tanto por su situación como por la vista que domina, es bien su-

perior á muchos palacios. No hay duda que en ella faltan las cosas de lujo, los ricos muebles, las alfombras... pero ¿para qué me serviría todo eso en este clima delicioso donde los inviernos son tan cortos y tan benignos, que no pienso jamás en encender lumbre? — ¿Una mesa suntuosa? La mía es la de un príncipe; no es necesario ser rico aquí para tener una buena mesa. — ¿Qué más? ¿Carruajes y caballos? — ¿No tengo mi calesino y mi caballo que va ligero como una flecha? Además no me gusta ir ni en coche ni á caballo. Prefiero andar á pié. Bien considerado todo, dijo al terminar el italiano como si cada una de sus palabras debiera convencer necesariamente á la persona que le estaba escuchando, ya veis que la fortuna con respecto á mi bienestar no podría nada.

Y al detenerse aquí llamó su atención la palidez que había reemplazado á la animación en las mejillas de Lucy.

— Estais cansada, la dijo, volvamos.

Los instintos femeninos de Lucy se habían despertado fuertemente por lo que había dicho el doctor y por lo que había callado.

La aparente indiferencia con que Antonio había acogido y discutido su proposición, sin aludir siquiera á un argumento que parecía llamar tan naturalmente el deseo que ella acababa de manifestar de pasar su vida allí donde se encontraba; la especie de afectación con que había insistido en las razones que tenía para estar contento con su suerte, todo esto había llenado de dolor el corazón de Lucy.

La jóven no podía comprender ese imperio sobre sí mismo que permite á un hombre dominar una emoción involuntaria y marchar derecho por el camino de la sensatez. Antonio, fuese cualquiera su designio, había tratado con toda intención la idea de Lucy bajo el punto de vista puramente práctico, bajo ese punto de vista que las mujeres no quieren admitir y que las hiere más ó menos, según el grado en que están sus relaciones con el que habla. El primer instinto despertó otro que ordenó á Lucy el ocultar su herida, y creyó que no lo podía conseguir mejor que prosiguiendo resueltamente sobre el mismo asunto.

— Será como decís, repuso; mas sin embargo, debéis admitir en todos los casos, que en Londres vuestra capacidad y vuestro saber se apreciarían mejor que aquí, y siempre es una satisfacción que le estimen á uno en lo que vale. Supongo que no sois insensible á la fama.

— ¡La fama! repitió Antonio; ¿habeis olvidado la definición que hace de ella el Dante? *Non è il romor mondan altro che un fiato — Di vento ch'or va quindi ed or va quine.*

— Es bien triste y muy poco natural oír hablar á un hombre tan jóven como si no le quedara una chispa de ambición, exclamó Lucy.

— No es así, repuso vivamente el doctor, tengo una ambición, una ambición muy grande, la de servir á mi país haciéndolo todo por su causa.

— ¿Y qué más podéis hacer por esa causa aquí, en vuestra posición, que podríais hacer en Londres?

— Si hubiera alguna cosa en Sicilia ó en algún otro punto de esta península, estaría más cerca que en Londres.

— Muy adicto sois á vuestro país, dijo Lucy.

— ¿Quién no lo es? exclamó Antonio.

— ¿Estais seguro de que la causa que quereis defender es la buena causa?

— Tan seguro como creo en Dios, respondió Antonio solemnemente; ¿porqué esa pregunta?

— Debeis perdonarme mis... preocupaciones, dijo Lucy. He oído criticar tantas veces el carácter italiano no solo por mi padre, sino por otras muchas personas en Inglaterra; he oído tanto y tanto contra el partido liberal en Italia, sobre todo cuando estábamos en Roma que...

Lucy vaciló; Antonio concluyó la frase diciendo:

— Que os habeis inclinado á creer que no tenemos razón... ¿no es cierto? No me extraña, ni me extrañan tampoco las opiniones de los ingleses. Las simpatías de los fuertes y los poderosos rara vez están en favor de los débiles y de los oprimidos. ¿No recordais con cuánto ingenio le querían probar á Job sus amigos que él tenía la culpa si se veía cubierto de llagas sobre un muladar? Tal es la tendencia común del egoísmo humano en presencia del dolor, para dispensarse de compasión y de socorro.

Antonio hizo una pausa y luego continuó animándose por grados:

— Convengo en que nuestro carácter nacional puede suscitar objeciones (decidme dónde hay un pueblo que no merezca otro tanto); convengo en que se hallan en las filas del partido liberal hombres turbulentos; ¿en dónde no los hay? Lejos de mí la idea de ofrecer mi país como un modelo de perfección; los italianos son hombres como los demás y tienen como todos su parte de bueno y de malo. Ved el mundo, estudiad la historia del género humano; ¿qué moral sacareis de ese estudio? ¿no será una tolerancia, una indulgencia recíproca? Creedme, mis: Davenne, cuando digo y estoy dispuesto á proclamar en alta voz y en caso necesario á costa de mi sangre, que la Italia es un país noble, un país cruelmente desconocido, y que su causa es la causa de la verdad y la justicia... Perdonadme mi ardor, prosiguió recobrando su calma ordinaria; pero si conociérais la centésima parte de los sacrificios consumidos en esta tierra desgraciada sin otra recompensa por parte del mundo que una indiferencia fría y desdenosa, estoy seguro de que seríais partícipe de mis sentimientos.

Una lágrima tembló en los ojos de Lucy cuando respondió:

— ¿Pero creéis que no participo de vuestros sentimientos? Bien deseo que me contéis todo lo que concierne á vuestro país.

— Algun día os hablaré, al menos de la Sicilia, dijo Antonio; pero ahora teneis necesidad de descanso, y además veo llegar á vuestro maestro de dibujo.

Efectivamente, el maestro de dibujo de Lucy se adelantaba por el jardín andando al lado de sir John y hablando al mismo tiempo con una voz de trueno acompañada de frenéticos ademanes.

Sin el barón, el hombrecillo habría pasado sin ver á Lucy ni al doctor, á pesar de los esfuerzos que estos hacían para llamar su atención hacia ellos.

— Pero ¿qué ha sucedido? preguntó Antonio.

— Una cosa que no puede imaginarse, gritó el maestro de dibujo deteniéndose y arrojando al suelo su sombrero en un acceso de furia, *¡cose incredibile, orrende, monstruosa!* ¿Podéis creer que hoy mismo que el constructor de órganos ha llegado de Niza para poner el órgano, el conde después de sus promesas se niega á recibirle y supone bajamente que nunca se ha comprometido á darle cuarto en su palacio? Se niega, se niega cuando tiene á la vista la minuta de nuestra sesión del 19 de noviembre de 1839, en que escribí yo lo acordado sílaba por sílaba... ¡Miserable!... Yo sacaré diez mil copias de esa minuta y las repartiré por toda la Riviera; haré que le silben en las calles y en las plazas, le denunciaré á la posteridad como un impostor impudente!...

Después de esta terrible salida el hombrecillo se detuvo para tomar aliento, recogió su sombrero, y cambiando de repente de fisonomía y de ademanes, dijo con galantería á miss Davenne:

— Cuento con la reconocida bondad de la signorina para que me perdone si hoy no puedo darla lección. No me hallo en estado de hacerlo, y luego esa desagradable aventura me obliga á marchar á Bordighera.

Volviéndose en seguida hacia Antonio, añadió con una solemnidad que tocaba al ridículo:

— Amigo mío, podéis estar seguro de una cosa, y es que la cofradía de los Rojos saldrá con honor de este apuro, aun cuando me cueste todo lo que poseo.

Y dichas estas palabras se caló el sombrero con tanta fuerza que le hundió hasta los ojos, y se encaminó hacia la puerta del jardín.

— Quizá haríais bien en seguirle, dijo Lucy al doctor; pues si encontrara al conde en su estado de exasperación, podría suceder alguna desgracia.

— No tengais miedo, respondió Antonio sonriendo; con todo su furor, nuestro amiguito es la criatura más pacífica que hay en el mundo, no sería capaz de hacer daño á una mosca. Si se encontrara con el conde es probable que le haría sentir todo el peso de su indignación con un saludo ceremonioso.

— Pero ¿porqué ese furor? dijo Lucy; yo no he comprendido una palabra.

— Ante todo debo deciros, respondió Antonio, que el conde es presidente y vuestro maestro vicepresidente de la cofradía de los Rojos. Sin duda ignorais quiénes son los Rojos y los Blancos; ya que no podéis tomar vuestra lección, si quereis, os explicaré lo que son esas cofradías.

Antes de que Lucy hubiese podido responder una palabra, sir John se apresuró á decir:

— Sí, doctor Antonio, y en vez de ir al balcón, que traigan aquí asientos para escucharos.

Cuando estuvieron sentados, Antonio comenzó diciendo:

— Ya sabeis que la iglesia parroquial, su embellecimiento, el esplendor de los oficios y de las procesiones son aquí asuntos del más alto interés, y aun puede decirse que son los únicos placeres públicos accesibles á las masas. La parroquia con sus funcionarios de toda clase no puede dar entrada sin embargo, más que á un corto número de individuos; y para remediar este inconveniente se han fundado, bajo la égida de la Iglesia madre, cofradías de toda especie, cuyo objeto es reunirse en una iglesia de su elección para orar en común, enterrar sus muertos y hacer procesiones. Aquí como en todos los pueblecillos de la Riviera, existen las cofradías de los Rojos, los Blancos y los Negros, llamadas así por el color del hábito con capucha que llevan los hermanos. Entre todas estas sociedades hay piques. Cada una tiene un numeroso estado mayor de dignatarios y de funcionarios, un presidente y un vicepresidente, una presidenta y una vicepresidenta, un capítulo, un cuerpo de consejeros, de sochantres, maceseros, etc., cuya elección anual, sobre todo la de los presidentes, ocupa mucho á los hermanos. Así, ya lo veis, cada una de esas sociedades se convierte en un foco de pequeñas ambiciones, de rivalidades, de intrigas y de chismes... El capítulo de los Rojos presidido por el conde como de costumbre, votó hace algún tiempo una cantidad para la compra de un órgano, destinado á la capilla de la cofradía. Mas tarde, cuando el órgano en cuestión estuvo casi concluido, el capítulo se reunió de nuevo para votar otra suma que debía cubrir los gastos de viaje del constructor y su residencia aquí. Entonces declaró el conde que se encargaría de todo eso y que recibiría al fabricante en su palacio, generosidad que le valió un voto unánime de gracias. Esto tuvo lugar en la famosa sesión del 19 de noviembre de 1839 de que acaba de hablar el maestro de dibujo. Parece ser que el conde, que tiene fama de ser muy avaro, quiere ahora recoger su palabra y falta á su promesa. *Inde irae.*

Sir John se encolerizó al oír esta explicación, y dijo que debía haber algún error grosero en lo que aseguraba el maestro de dibujo. ¡El conde un avaro! ¡Qué falsedad! Vinte veces había ofrecido su casino a sir John. Un noble como lo era el conde era incapaz de tales mezquindades. Sir John se prometía verle para que le explicara todo aquel asunto.

Y efectivamente así lo hizo. En la tarde de aquel mismo día tuvo una larga conversación con el conde, cuyo resultado fué, que a la mañana siguiente el constructor de órganos estaba instalado en el palacio del conde, con gran satisfacción de todas las partes interesadas.

XIII.

EN LA BARGA.

Una tarde se paseaba Lucy como de costumbre por el jardín dando el brazo a su padre. Antonio que los precedía algunos pasos quitó la tranca de la puertecilla que daba a la ribera, y los llevó por una cuesta suave hasta el mar.

El sendero barrido como la calle de un jardín (sospéchamos que Battista se había entretenido en limpiarle), estaba adornado en sus orillas con una multitud de flores amarillas, blancas y rosadas que salían por entre la arena tan frescas y tan vivas como si hubiesen estado plantadas en el terreno más fértil.

Lucy se hallaba tan ocupada en contemplarlas, en admirarlas y en cogerlas, sin dejar de prestar atención a las explicaciones de Antonio sobre aquella clase particular de plantas marinas, que no había distinguido a Battista con otro hombre cerca de una embarcación, donde había una tienda rayada con los colores más vivos.

La joven no vió la embarcación que tenía ya la proa en el agua y los que parecían ser los remeros, sino cuando estaba muy cerca.

— ¡Oh! ¡qué bonita embarcación! exclamó.

— La embarcación y la tripulación están a vuestras órdenes, dijo Antonio, si os sentís dispuesta a navegar un rato.

— Con mucho gusto, respondió Lucy en el colmo de la alegría. ¿Me lo permitís, padre mío?... Sin embargo, añadió con cierta timidez, ¿es prudente aventurarse por el mar solo con dos hombres?

— Estareis tan segura como en vuestro balcón, respondió Antonio. Battista es tan buen barquero como buen marino; nadie entiende mejor que él la manobra de la vela ó del remo.

— Pues vamos, dijo Lucy rebotando de júbilo.

La mar no tenía una sola arruga; únicamente interrumpían por intervalos la limpidez de su matiz azul, anchas bandas de color blanco, de las cuales unas se desarrollaban en líneas derechas, y otras se redondeaban en curvas graciosas.

Battista y su compañero desplegaron todo el vigor de sus brazos musculosos; el primero poniendo gran cuidado en desviar sus ojos de miss Davenne, que sentada á popa en unos almohadones dispuestos para ella, dejaba que á lo largo de la embarcación pasara el agua entre sus dedos delicados, sumergida en las gratas sensaciones que manifestaba la sonrisa de sus labios. Boganon rápidamente hasta más allá del cabo de Bordighera, y entonces un espléndido panorama se presentó á sus ojos.

Una magnífica serie de colinas apoyadas en una cordillera de altas montañas limitaban la ribera y se desarrollaban en semicírculo del Este al Oeste entrecortadas de cabos y de ensenadas, y esmaltadas de pueblecillos del carácter más pintoresco: — Ventimiglia con su corona de antiguos castillos desmantelados; — Mentone bañado por el sol en la ribera; — Roccabruna con sus matices sombríos y sus enmarañados peñascos; — Trubia y su monumento romano, recuerdo del poderío más grande de la tierra, y cubriendo con su sombra el diminuto principado de Monaco situado más abajo, y por último Villafrauca con su faro.

Más lejos corriendo hacia el Sur, se mostraba como en una nube de vapores la larga línea de la ribera poco elevada de la Francia, con Antibes á su extremo; y más lejos aun al Oeste, las azules montañas de la Provenza. Aquí y allá picos cubiertos de nieve se destacaban sobre todos los demás atrevidamente.

Los ojos y el alma de Lucy disfrutaban en silencio del encanto de aquella escena, sobre la cual los cálidos tonos del sol en el ocaso derramaban un esplendor de un efecto incomparable. A medida que se aumentaba el sentimiento de las bellezas en medio de las cuales vivía Lucy, comprendía cuán vacías, cuán impotentes eran para manifestar lo que sentía, todas esas fórmulas vulgares de admiración que en un principio había prodigado tanto.

Sir John por el contrario, aunque estaba familiarizado hacia tiempo con aquel espectáculo, le exaltaba en términos entusiastas, y concluía deplorando que no se encontrase la posada por aquel lado del cabo de Bordighera.

Pero el golfo de Spedaletti y los tres promontorios que miran al Oriente, hallaban en Lucy un celoso defensor, y no se cansaba nunca de proclamar su superioridad. Si convenía en que por el lado de la Francia la vista era más variada y más extensa; pero á su juicio le faltaban á esa vista la unidad armoniosa y la melancólica grandeza que caracterizaban al paisaje que se descubría desde la posada.

— Un pintor, decía Lucy, preferiría quizá el primer cuadro; pero estoy segura de que un poeta diría que el segundo inspira muchas más de esas ideas y de esas imágenes que van derechas al corazón.

— ¿De veras? dijo alegremente sir John lanzando á su hija una mirada de ternura y de orgullo; ¿si queréis hacer versos mi hija idolatrada?

— ¡Quién sabe! repuso Lucy sonriendo y con un rubor que la acusaba.

Lucy sentía en efecto en el fondo de su alma alguna cosa parecida á un impulso poético.

Entre dos colinas cubiertas de monte y situadas un poco al Oeste de Bordighera, apareció de repente el blanco palazzino del conde, rodeado á la sazón de una atmósfera purpurina.

— Ahí tienes algo que dibujar, exclamó sir John mostrando con el dedo á su hija el palacio del conde.

— El conde es hombre de gusto, dijo Antonio, y él mismo ha elegido el lugar y ha levantado los planos de su casino.

— Entonces, observó el baron, es más hábil de lo que yo creía; no podía haber elegido un sitio mejor.

— Seguramente, repuso Antonio, á cualquiera parte donde se traslade con el pensamiento, perdería siempre alguna cosa.

— Eso mismo, exclamó Lucy, podría aplicarse á todos los pueblos y aldeas que vemos desde aquí; nadie desearía verlos más arriba ni más abajo, más á la derecha ó á la izquierda con el fin de hacerlos más pintorescos ó bonitos. Hasta la cheza más insignificante parece que está donde debe estar para contribuir al efecto del conjunto... ¿no es verdad, doctor?

— A una admiradora tan imparcial, respondió Antonio sonriendo, puedo decirlo yo, que la raza que habita en este país es una raza de artistas por naturaleza; aquí el sentimiento de lo bello es innato en los individuos, y ese sentimiento, aunque carece de todo cultivo, se manifiesta tan visiblemente en la elección de un sitio, en la construcción de un pueblo ó de una aldea, como en la elección y el prendido de una flor en el cabello de una mujer. Quizá la naturaleza lo ha determinado así para que las obras de los hombres no estuvieran en contradicción con las suyas en esta tierra privilegiada.

— ¿Son generalmente hermosas las mujeres? preguntó Lucy.

— Sí, respondió Antonio; es decir, tienen todas las señales características de una hermosa raza; grandes ojos rasgados, abundante cabellera, buena garganta, cabeza erguida, manos y pies pequeños. Pero mucho de esta hermosura se pierde por el exceso del trabajo ó por descuido, sobre todo el cabello. En Speranza tenéis una muestra de las mujeres de este país.

— Hermosa es en verdad, dijo Lucy con tanto entusiasmo que sir John clavó los ojos en su hija.

— ¡Ah! exclamó el baron; pues yo no lo había notado.

— Es que no la habéis mirado, padre mío, repuso Lucy riendo; si hubiérais querido como yo hacer su retrato más de veinte veces, habríais notado la pureza y la elegancia de todos sus rasgos.

— Muy bien, miss Lucy; ¿dónde has aprendido ese lenguaje de artista? repuso el padre con cierta extrañeza. Me parece, doctor Antonio, que tenéis una discípula.

— Mucho me honraria de ello, respondió el doctor con una de sus sonrisas apacibles. Sea como quiera, yo participo de la opinión de miss Davenne. Speranza es una beldad; pero con el trabajo que ella hace no dejarán de alterarse sus proporciones.

— Tendré que examinar con cuidado esa beldad cuando estemos en casa, dijo sir John.

La barca que ya volvía, se hallaba entonces enfrente de Bordighera.

— ¿Qué es lo que se distingue en aquella altura un poco más acá del pueblo? preguntó Lucy; parecen ruinas.

— Es, ó mejor dicho, era una batería descubierta. A propósito, hay una historia relativa á ella y que acaso os interesará, porque figuran en ella compatriotas vuestros.

— Pienso que figuran bien, dijo Lucy.

— Juzgad vos misma, respondió el doctor. — Una mañana del mes de julio de 1812, un bergantín de guerra inglés llegó á la vista de Bordighera, y con motivo ó sin él se acercó tanto á la costa, que se colocó bajo la batería del pueblo. Ahora bien, los oficiales que mandaban las baterías de la costa tenían órdenes terminantes para hacer fuego contra todo buque inglés que se pusiera al alcance de los cañones. La Riviera pertenecía entonces á la Francia por el derecho de la fuerza. El teniente francés que aquel día, 21 de julio, mandaba la batería servida por una docena de hombres, debía ser sin duda un hombre pacífico hasta lo sumo, pues vió con la mayor sangre fría que el enemigo se adelantaba y no tomó ninguna disposición hostil.

Pero una conducta tan filosófica no convenía á las buenas gentes de Bordighera que habían contado con otra cosa. Hacer fuego contra un buque inglés era una de esas ocasiones de distracción y de movimiento, muy raras para los ciudadanos tranquilos y ligeramente aburridos del pueblo, y resolvieron distraerse á su manera.

Acudieron pues en crecido número á la batería, y pidieron á voces que el oficial ejecutara las instrucciones que había recibido, é hiciera fuego inmediatamente contra el bergantín. El teniente sin atreverse á decir que no, dió su consentimiento á pesar suyo; pero ante todo, y aunque los cordajes del buque se veían

perfectamente, creyó que debía hacer un reconocimiento del enemigo por medio de un anteojo inmenso, y su exámen duró tanto, que se habría podido pensar que el digno oficial mantenía secretamente la esperanza de ver que el buque se alejaba y le sacaba así de su apuro.

Pero el buque estaba allí, inmóvil como si fuera pintado.

Era imposible vacilar más tiempo; se dió la orden de cargar y hacer fuego con un viejo cañón de á ocho; la puntaría estuvo bien hecha, pues saltó una parte del hauprés del enemigo. El oficial francés miró de nuevo con el anteojo y distinguió un gran movimiento á bordo del bergantín; echaban los botes á la mar sin duda para un ataque, lo cual hizo que nuestro hombre lanzara toda clase de maldiciones contra los insensatos que le habían comprometido en aquella locura. Pero hé aquí que en vez de acercarse á tierra las chalupas, toman el bergantín á remolque y se alejan de prisa. Podeis figuraros cuál sería la alegría de los de Bordighera. Los hurras con que celebraron esta victoria, vírgen de sangre derramada, debieron ser oídos á bordo del buque, aunque los proyectiles con que los acompañaban no llegasen hasta él.

Pero una mañana dos meses más tarde volvió á presentarse al mismo bergantín de un modo muy resuelto hacia Bordighera, pero esta vez acompañado de una pequeña fragata y de otro bergantín, que se adelantaron á la derecha y á la izquierda con sus cañones dispuestos como para dominar la situación y cortar todo socorro que pudiera venir de Génova ó de Niza. El primer bergantín descargó una andanada, pero evidentemente sin intención de hacer daño, pues solo murió un hombre. Al mismo tiempo desembarcaron unos cien marineros y soldados, y marcharon en derechura á la batería.

La lucha no fué larga ni sangrienta; la pieza de á ocho fué clavada, y el teniente con su docena de hombres encerrados en el cuerpo de guardia. Dícese que no pudieron hallar en el pueblo más que á dos de sus belicosos ciudadanos; el alcalde, señor Garibaldi, era uno de ellos, y el otro, héroe cuyo nombre se ha perdido para la historia, á la vista de los uniformes encarnados descargó su fusil al acaso y tomó la fuga.

Los ingleses se llevaron al alcalde á bordo de la fragata, le condenaron á una buena comida, y le dieron la libertad al caer la tarde, metiéndole en el bolsillo la llave del cuerpo de guardia. Así se terminó la guerra entre Bordighera y la Gran Bretaña, pues al amanecer del otro día no había ni señales de la fragata y de los bergantines.

En el momento en que el doctor concluía su historia, cuya última parte había causado un placer singular al baron, la barca entraba suavemente en la arena de la playa y se detenía. Antonio se lanzó y ofreció su mano á Lucy, pero Lucy la rechazó alegremente y saltó á la orilla sin ayuda de nadie. Antonio dejó escapar una exclamación de alarma.

— ¡Bien, Lucy! exclamó el baron que lo había visto todo; la enferma reclama su independencia y deja plantado á su médico.

¿Qué tenían estas palabras dichas sin ninguna intención, al contrario, con el mejor humor del mundo, para que cubrieran con una nube la frente de Antonio? Evidentemente el doctor las daba una significación de que carecían. Todos los hombres, aun aquellos de espíritu más sano y más en equilibrio, tienen sus horas de susceptibilidad excesiva, y es de creer que nuestro italiano se hallaba en una de esas horas particulares.

Sin contestar á la salida del baron, echó á andar solo delante del padre y de la hija. Lucy, con esa percepción tan rápida que da el afecto, comprendió su silencio, y yéndose en derechura á él se quejó de que estaba cansada.

Antonio la ofreció el brazo inmediatamente, y los tres se volvieron á la posada sin dirigirse la palabra. Una vez en la casa, Antonio se despidió de sus amigos, pero volviéndose de repente dijo con una negligencia afectada:

(Se continuará.)

Funerales de la gran duquesa Estefanía.

La correspondencia que insertamos á continuación completa con nuevos detalles los que hemos publicado ya sobre este asunto. Nos limitamos á dar los pormenores relativos á los honores que se han hecho en el ducado de Baden á los restos de la difunta gran duquesa.

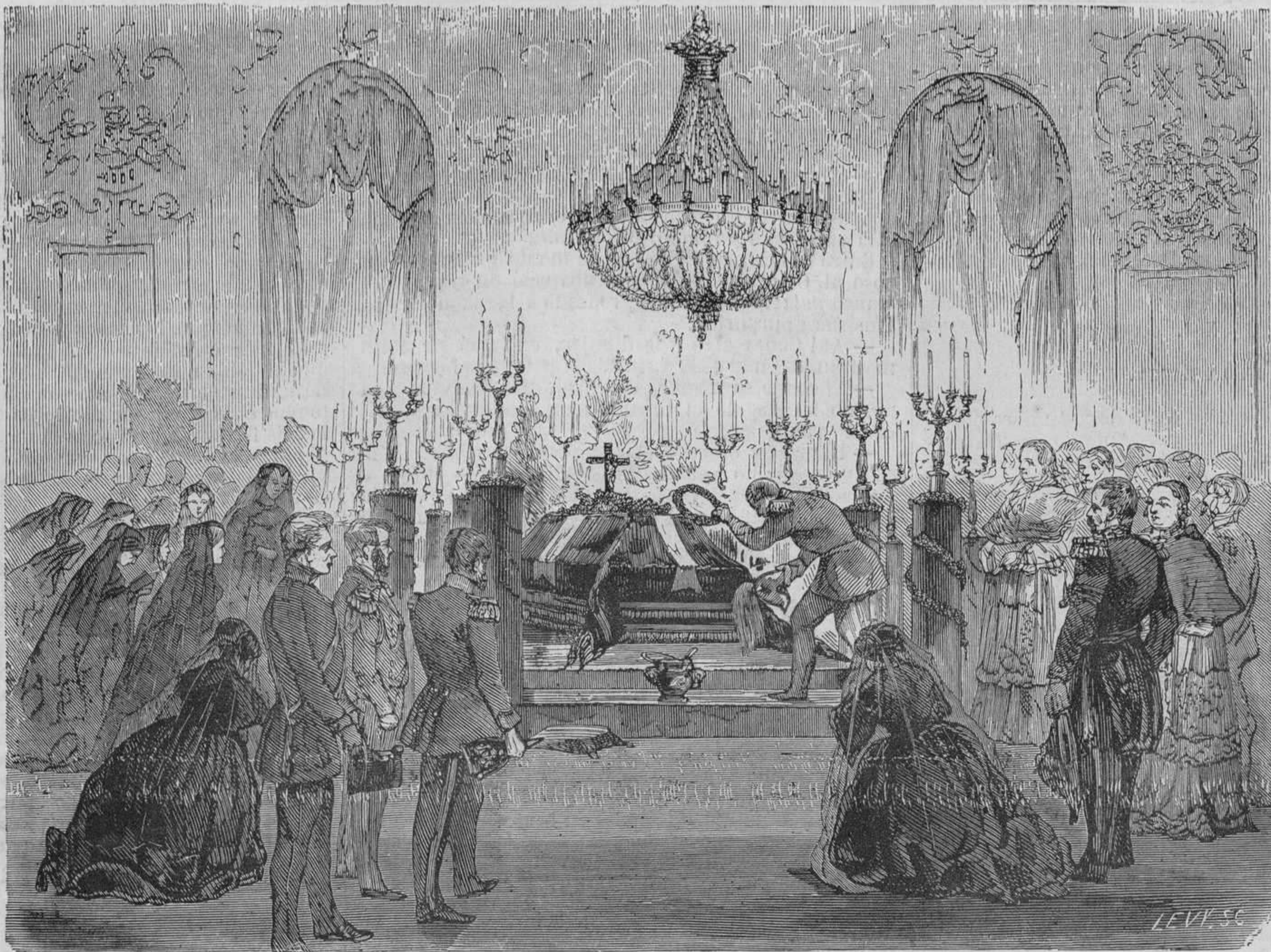
« En el castillo gran ducal se había convertido en una capilla ardiente el vasto salón que da al jardín y se llama *Gartensaal*. Este salón, adornado según el gusto del siglo XVIII, estaba lleno de arbustos y de flores raras; ninguna colgadura ocultaba su bonito ornato. El féretro estaba cubierto con un crespon de terciopelo negro, sobre el cual se hallaba figurada una gran cruz de plata. A los lados una doble hilera de seis columnas colgadas de terciopelo negro y rodeadas de guirnalda de follaje sostenían centenares de luces. Una araña aumentaba el alumbrado completando el efecto de la capilla ardiente. A cada lado un sumiller ó una dama de honor guardaban la capilla. El domingo y el lunes toda la familia gran ducal y las personas que habían conocido particularmente á la gran duquesa fueron á rezar cerca del féretro.

» Los príncipes llegados á Carlsruhe para asistir á los funerales son el príncipe y la princesa Leopoldo de

Hohenzollern, la princesa María, la duquesa de Hamilton y sus hijos, el príncipe de Sajonia, el príncipe Joaquín Murat, representante de la familia imperial de Francia, y el príncipe de Linange. Casi todos los príncipes alemanes habían mandado también representantes.

» El cuerpo de la gran duquesa salió del castillo á las cinco de la tarde. Diez gendarmes badenses de toda gala llevaron el féretro al carro. El gran duque, todos los príncipes, los representantes de las potencias y los grandes dignatarios seguían con la cabeza descubierta. El carro fúnebre, colgado de negro con las armas de Baden en filetes de plata y coronado con una corona gran ducal negra, tenía un tiro de ocho caballos conducidos por palafreneros.

» El camino de Carlsruhe á Pforzheim, que tiene ocho leguas alemanas, estaba iluminado con antorchas. El cortejo llegó á Pforzheim el martes á la una de la madrugada. El alcalde mayor, M. Fecht, recibió el cuerpo á la cabeza de las autoridades de la villa. Un servicio solemne se celebró el mismo día á las once de la mañana en la iglesia católica, y el féretro, llevado á hombros por treinta y seis vecinos que se relevaban, fué trasladado después á la capilla del castillo, donde diez y siete ministros protestantes hicieron los honores



ULTIMA DESPEDIDA DE LA AMILIA GRAN-DUCAL Á LA DUQUESA ESTEFANIA DE BADEN, EN EL PALACIO DE CARLSRUHE.

fúnebres á la gran duquesa. Después de esta ceremonia, el cuerpo fué bajado á la bóveda donde descansa.»

Obras del canal San Martín en París.

Concluidos por fin los pleitos y las dificultades que han precedido y aun acompañado á las primeras obras, la importante operación que ha comenzado á practicar-

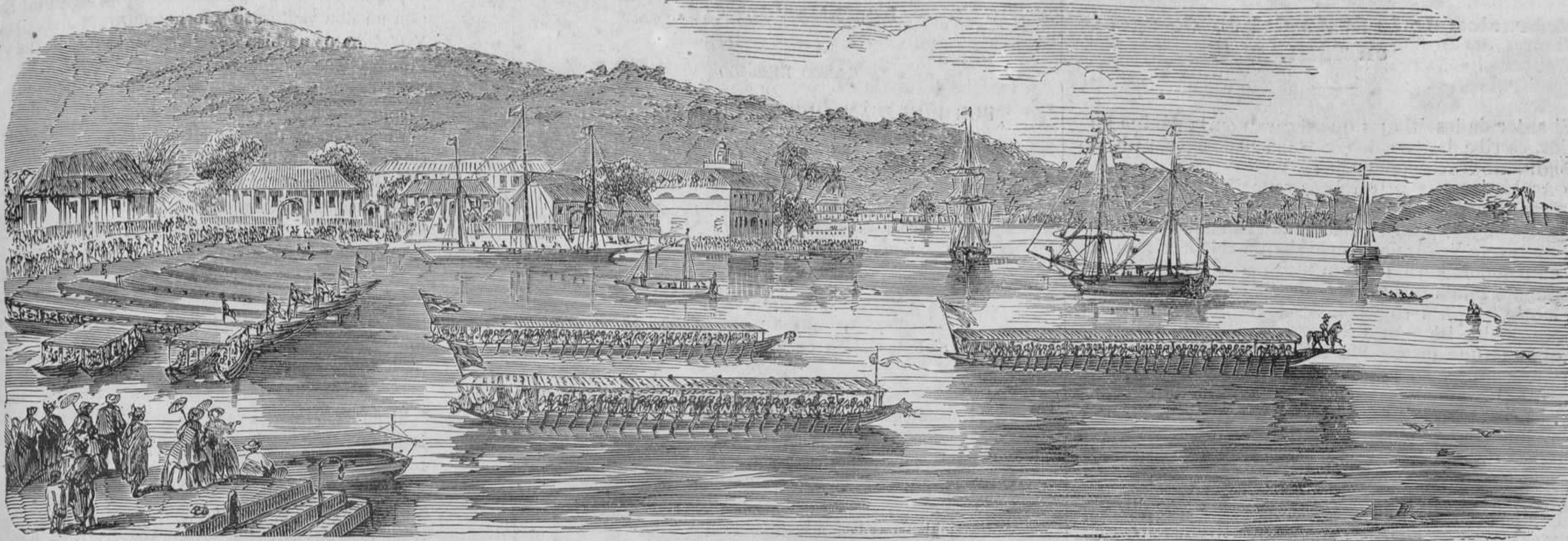
ocultando las aberturas para la ventilación y la luz que exigirá el servicio de esa navegación subterránea.

Cuando se concluya esta obra inmensa, nadie podrá reconocer el antiguo canal; el aspecto holandés que presentaban sus esclusas y sus puentes levadizos, se habrá cambiado por el de un hermoso parque, y este cambio de decoración no será una de las menores maravillas de las grandes obras que se ejecutan en París actualmente.

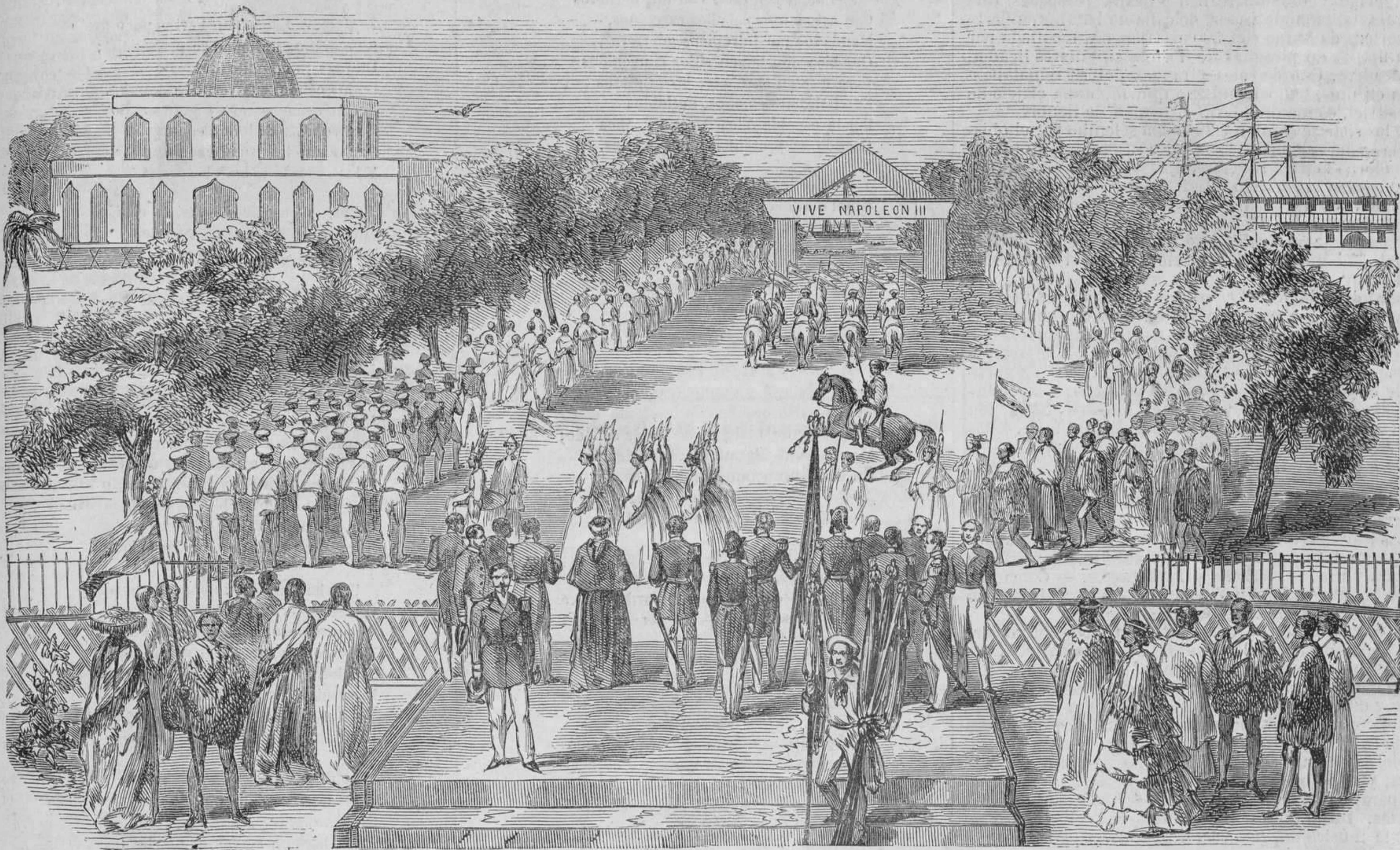
G. F.



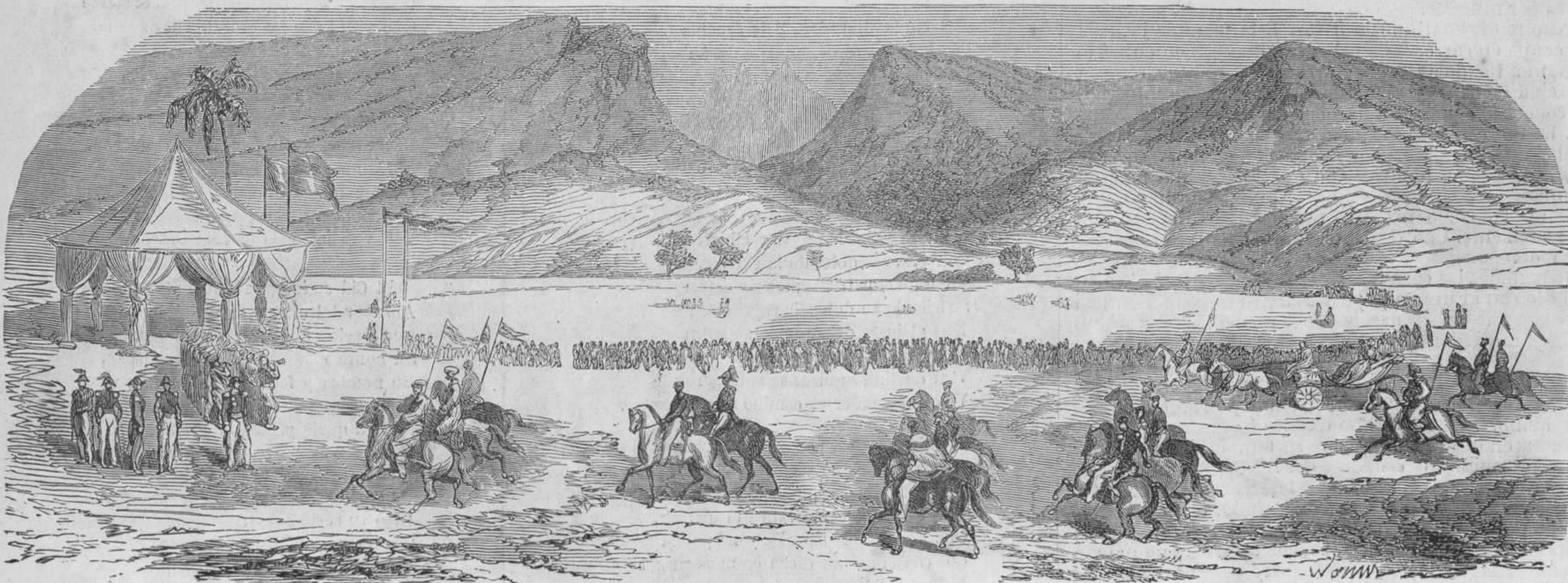
LAS OBRAS DEL CANAL SAN MARTIN EN PARIS.



DESFILE DE LAS PIRAGUAS POR DELANTE DEL COMANDANTE PARTICULAR, COMISARIO IMPERIAL DE LA FRANCIA, EL 14 DE AGOSTO DE 1859.



JURA Y DISTRIBUCION DE LAS BANDERAS DEL PROTECTORADO Y DESFILE DE LOS DISTRITOS EN EL PATIO DEL PALACIO DEL GOBERNADOR EL 15 DE AGOSTO.



LLEGADA DEL COMISARIO IMPERIAL Y DE LA REINA POMARÉ AL HIPÓDROMO DE TANOÁ, EL 16 DE AGOSTO DE 1859.

Celebración de la fiesta del 15 de agosto en Taiti.

El autor de los dibujos que figuran en la página anterior, escribe de Papeete con fecha 20 de agosto último la siguiente correspondencia:

«Acabamos de asistir á unos regocijos que demuestran las vivas y profundas simpatías que se tienen aquí al gobierno y al protectorado de la Francia. Desde hace un mes los indígenas se preparaban á celebrar la fiesta del emperador. Para dar una idea desde luego de esta imponente solemnidad, debo añadir que habia atraído á Papeete un número considerable de indígenas procedentes de las islas mas lejanas del archipiélago de la Cordillera, que distan 400 millas, y que la reina de Borabora, los jefes de Raiatea, de Tahaa, de Huahine, de Maupiti y de otros varios puntos al Oeste, habian querido tomar parte en estos regocijos. La población entera de Taiti y de Moorea se habia reunido en un mismo sentimiento de amor y de fidelidad por el gobierno protector de la Francia, y la alegría mas franca y expansiva reinaba en la ciudad de Papeete.

El 15 por la mañana una salva de veinte y un cañonazos disparada por el *Railleur*, y otros tantos disparos hechos en tierra, anunciaron el principio de la fiesta. Desde el amanecer una infinidad de piraguas llegaban á la playa y desembarcaban nuevos huéspedes. Una fragata taitiana de vapor, de caña de bambú cubierta de corteza de burao con 500 pasajeros y escoltada por una flotilla de piraguas de formas singulares llegó al fondeadero. Una de estas piraguas dobles remataba á proa en un caballo gigantesco que montaba el jefe de Papeuriei, condecorado con la Legion de Honor.

A las siete se cantó un *Te Deum* solemne por el obispo de la diócesis, asistido por dos sacerdotes, en un lugar adornado para la ceremonia.

Concluido el servicio religioso los jefes de Taiti y de Moorea y los del archipiélago de la Cordillera, prestaron juramento de fidelidad al emperador y á la reina Pomaré. Cada jefe recibió de manos del comisario imperial la bandera del protectorado con el águila imperial.

A las doce del día el comisario imperial y su estado mayor, la reina Pomaré y los oficiales de su casa, pasaron á bordo del *Railleur* para asistir á las carreras de las piraguas. No traté de describir el pintoresco espectáculo que ofrece la magnífica escena que se extiende de la punta Nutere á la cabeza del arrecife de Motu-Uta, surcada por innumerables embarcaciones con diestros nadadores vestidos todos con igual traje. Estas carreras que se ejecutaron con un viento fresco presentaban algunas dificultades y no estaban exentas de peligro; pero justamente estas dificultades hicieron resaltar mas y mas la destreza y la sangre fria de los atrevidos nadadores.

Las piraguas que tomaron parte en la lucha eran dobles y median de 16 á 30 metros de largo; llevaban de treinta y uno á cincuenta y dos remeros. — Concluida la lucha la rada se cubrió de piraguas que ejecutaron evoluciones y ejercicios singulares.

A las cuatro se hizo en el patio del palacio del gobierno una distribución de viveres á los indigentes. A las cinco un banquete ofrecido por el comisario imperial reunió al rededor de la misma mesa á la reina Pomaré, el rey de Raiatea, la hija adoptiva del rey de Borabora, el cónsul inglés, monseñor de Axieri, los oficiales de la colonia, los mas notables de entre los residentes, los jefes y grandes jueces indígenas de Taiti y de Moorea, y el señor Urmenuta y sus amigos, venidos de Valparaiso á bordo del yacht *Dart* para asistir á las fiestas. Durante la comida hubo un concierto dado por la música del *Railleur* y la música particular del almirante Aripaia, que se componia de largos tubos de caña de bambú sostenidos con una banda de tambores. En la noche hubo bailes de una gracia infinita ejecutados por mujeres.

Al otro día continuó la fiesta. Esta segunda jornada se ocupó en carreras de caballos. Un estrado cubierto con una tienda se habia reservado en el hipódromo á la reina Pomaré y á su familia, al comisario imperial, al cónsul británico y á los oficiales del establecimiento. La reina Pomaré llegó al campo de las carreras escoltada por un piquete de guardia indígena.

El hipódromo fué invadido por jinetes que no eran competidores sino espectadores, pues el taitiano, tan buen jinete como nadador, practica la equitación apasionadamente. Uno de los premios se le llevó una mujer indígena.

Concluidas las carreras la reina fué acompañada á su palacio con gran pompa; á las cuatro hubo una comida ofrecida á los indígenas, y por la noche las danzas mas animadas terminaron los placeres de este segundo día.

La marcha de los indígenas dió lugar al siguiente á una ceremonia de un carácter muy original. Todos los hombres de un mismo distrito formados de frente, ejecutaron el saludo al son de su tamboril, con ademanes que seguian la cadencia del instrumento. Al compás final, todas las manos se colocaban simétricamente á la altura del ojo. Despues del saludo, el distrito desfilaron por delante de la reina y el comisario imperial, depositando á sus piés los adornos diversos que habian lucido en las fiestas.

F.

Las hijas del Cid.

CANTO HERÓICO

POR DON JUAN MIGUEL DE ARRAMBIDE.

(Conclusion.)

El Cid prudente, á par de audaz y activo,
Observaba al contrario cauteloso,
Y en sus resoluciones decisivo
Ordenaba su ejército animoso,
Reservado, resuelto, ejecutivo,
Siempre imploraba al Ser justo y piadoso,
Y toda grande empresa y arriesgada
Al cielo la dejaba encomendada.

Su aparente inaccion al africano
Halagó, que su triunfo ya creia:
Presuntuoso, temerario, vano:
La cordura tomó por cobardía,
Y pensó anonadar al castellano
Que astuto sus designios encubria:
Mas al llegar la noche tenebrosa
Dispuso su embestida helicosa.

Sus batallas formó, con mil flecheros
Con seiscientos caballos escogidos,
Mandados por intrépidos guerreros,
Que hizo apostar en sitios convenidos
Para que en el rebato, los primeros
Embistiesen resueltos, decididos
Por la espalda á los fieros africanos
Cuando se presentasen mas ufanos.

Y á los infantes colocó cuitoso
En el ala derecha, reservada
Para embestir en trance mas forzoso
A la morisma turba mas osada,
Y el mismo Cid con ánimo fogoso
Decidir la refriega preparada:
Esperaba la luz apetecida
Para dar la señal de arremetida.

La aurora apareció clara y lucente:
Sonó el clarín y acometió animado
Al contrario orgulloso é insolente
Que se embriagaba en su poder soñado;
Mas le halló adormecido é indolente,
En su número inmenso confiado,
Y que azaroso y débil combatía
Sin esfuerzo, denuedo ni osadía.

Notó indignado en tanto y pesaroso
La inaccion, timidez y la reserva
De los dos condes: mas su ardor honroso
Y su arrogante espíritu conserva:
Pero al verlos cejar, corrió brioso
Con su imponente y bélica reserva,
Y logró contener con su denuedo
Aquel trastorno que produjo el miedo.

Triunfó de su enemigo, y en su pecho
La imágen del honor mustia, ultrajada,
Se resentía con fatal despecho,
La escena del leon fué recordada:
Tan degradante y deslustrado hecho
Alteró su niedad nunca alterada,
Y amonestó enojado á los infantes
Con palabras severas y punzantes.

Nació la desunion, y la rencilla
Crecía inaplacable, torpe y dura:
La hermosa confianza y sin mancilla
Se trocó en odio y en zozobra oscura:
Hasta que los infantes á Castilla
Como reparacion firme y segura
Volvere dispusieron, y enojosos
Llevando á sus consortes cautelosos.

Elvira y Sol la nueva recibieron
Con intenso dolor de la partida,
Y en afectos tristísimos siguieron
Sufriendo su dolencia reprimida;
Mas al justo deber se sometieron
Resignadas á suerte tan sentida,
Y al destino sumisas se entregaron
Y á emprender el camino se aprestaron.

«Idos en paz, pedazos de mi alma,
Les dijo el noble viejo con ternura;
Gozad la dulce y deliciosa calma
Que de mi pecho arranca la tristura,
Que agosta mis laureles y mi palma
Convirtiendo mi dicha en amargura.»
Y les tendió sus brazos amorosos
Con ósculos y afectos cariñosos.

¡Cómo es verdad que el corazón se alienta
Con un don venturoso y fortunado,
Y disfruta de un bien que lo sustenta
En agradable y delicioso estado!
Y en la contraria suerte se alimenta
Por la pena ó pesar atormentado,
Sin hallar en la tierra aquel consuelo
Que encuentra solo en el favor del cielo.

En arrogantes potros cabalgados
La marcha los infantes emprendian,
De domésticos fieles rodeados
Y hácia Castilla rápidos seguian:
No satisfechos, tristes y enojados
Por los denuetos que en su honor sufrían,
Y en lindas hacaneas ostentosas
Iban en pos las damas silenciosas.

El corazón del Cid latía en su seno,
Inquieto y agitado se mostraba
De zozobra, de angustia y dolor lleno
Angustia que su alma contristaba.
Su reposo perdió, y aquel sereno
Esplendor que su espíritu realzaba,
Y al ver marchar sus hijas parecia
Que á impulsos de su pena sucumbía.

Algun desmán ó un hecho poco grato
Su continua ansiedad le presagiaba;
Un funesto inaudito desacato
De los condes sus yernos esperaba,
Y con suma reserva y gran recato
A su sobrino Ordoñez encargaba
Que oculto tras sus hijas caminase
Y los sucesos todos observase.

Jimena en aflictivo y triste estado
Con incesante y expresivo celo,
Y el dolor en su pecho recatado,
Prodigaba su amor y su consuelo
A su esposo abatido y contristado,
Entregado á su mísero desvelo;
Aunque perdida ya toda esperanza
Y su pasada dicha y bienandanza.

Atravesando montes y llanuras
Lejos ya de Valencia se encontraban
Con Elvira y con Sol bellas y puras
Los infantes, y ufanos se gloriaban
En tierras para ellos mas seguras,
Y cuando en los robledos se engolfaban
Con mentidos halagos se expresaron
Y entre aquellas malezas las bajaron.

Un alma noble, un corazón sensible
Olvida aquel agravio ó desconcierto
Que producía un mal indefinible,
Y torna á su ventura ó su concierto;
Mas los infantes su a version terrible
Mantenan con ánimo encubierto
Y á sus dignas consortes, inclementes,
Ultrajaron resueltos é insolentes.

Insultos y dicerios prodigaron
A las hijas del Cid, que doloridas
En vano lastimosas se quejaron
A tan bárbara escena sometidas:
Sus quejas y lamentos no escucharon
Pasando á otras acciones desmedidas
Que el pudor ó el decoro no consiente
Que se refieran y el honor las sienten.

Entre zarzales tétricos y añosos
Atadas á dos robles las pusieron,
Y ellos altivos, fieros, jactanciosos
Hácia Burgos su marcha prosiguieron,
Y algunos que se hallaron temerosos
En aquel rudo trance se reunieron
A Ordoñez, y piadosos las soltaron
Y á Valencia celosos las llevaron.

El Cid su indignacion contuvo altiva
Al saber tal ultraje, aquella ofensa
Reparacion clamaba, y decisiva,
Su honra manchada natural defensa,
Su nombre y fama tan brillante y viva
Una venganza reclamaba inmensa;
Mas su queja produjo ante la ley
Y la justicia reclamó del rey.

Seguido de sus deudos y parciales,
Dejó su residencia suntuosa,
Sus insignes guerreros y leales,
Y á Toledo marchó con animosa
Escolta, con clarines y atabales
Su insignia tremolando poderosa:

Y llegó con entera confianza
Seguro de su triunfo y su venganza.

«Señor, le dijo al rey, justicia os pido,
Pudiendo yo tomarla por mis manos
Por mi denuedo y mi valor servido:
Esos condes injustos y tiranos
De Carrion, mi fama han deprimido
Deshonrando á mis hijas inhumanos;
Guardad ¡oh rey! mi honra mal segura,
Pues Dios guarda la vuestra limpia y pura.»

Recibió Alfonso al Cid dulce y afable,
Oyó aquel hecho y pérdida aventura,
Y mandó que un consejo inexorable,
Que presidió con orden y mesura,
El conde de Tolosa infatigable
Dictase su sentencia con premura,
Y resolvió dar cima á la rencilla
Por armas segun fuere de Castilla.

En Carrion se ejecutó aquel duelo:
Por Elvira y por Sol se presentaron
Con ardoroso brio y noble anhelo,
Martin, Nuño y Bermudez que mostraron
Como deudos del Cid cumplido celo;
Con esfuerzo gentil los tres lidiaron
Para lavar aquella mancha impia
Que al arrogante Cid tambien cubria.

Con don Suero Gonzalez los infantes
Comparecieron en la lid cruenta,
Timidos, aunque ufanos y arrogantes,
A sostener su fulminada afrenta,
Y reunidos los jueces espectadores
Sonó la trompa ronca y macilenta,
Y los seis contendientes se embistieron,
Y sus fuerzas intrépidos midieron.

De pardas nubes se cubrió la esfera,
Y el sol veló su luz triste y turbado;
El día declinaba su carrera
Como sintiendo el choque despiadado,
El austro aterrador con rabia fiera
Envolvía el concurso desmayado,
Que en ansiedad horrible parecia
Al término llegar que presentia.

El polvo confundió á los combatientes,
Y solo se escuchaba un ruido horrendo
Mezclado con los ecos estridentes
Del clarin belicoso; y repitiendo
Golpes en los escudos resistentes
Que el fragor aumentaban y el estruendo;
Y cuanto mas la lucha se empeñaba
Mas el ansiado fin se dilataba.

Creció la confusion y los gemidos
Del vencido infeliz estremecieron:
Don Suero sucumbió: yertos, rendidos
Los infantes exánimes cedieron;
Con su orgullo y sus armas confundidos;
Al vencedor las vidas le debieron,
Que á las bellas matronas aclamaron,
Y el hecho portentoso publicaron.

Limpias y puras de la inicua afrenta
Y del misero ultraje, el Cid gozoso
A sus hijas del alma allí presenta
Su alto renombre restaurado, honroso:
Se disipó la niebla y la tormenta
Que envolvía su espíritu ardoroso;
Pues la virtud unida á la esperanza
Vence la sinrazon y el triunfo alcanza.

Ultimo amor.

SONETO.

Iluso un tiempo en el vergel de amores
Busqué el ideal que se forjó mi mente,
Cual busca un niño cándido, inocente,
De iris falaz los mágicos colores.

Ya mustias hoy de la ilusion las flores,
Marchito y seco el corazon doliente,
Amor mi labio á la beldad no miente,
Ni anhelo ya sus pérfidos favores.

Solo un amor no me dejó amargura;
Solo un amor anida todavía
Mi triste pecho con sin par ternura.

Ese amor de bonanza y de alegría,
Unica fuente de eternal ventura,
Ese amor es el tuyo ¡madre mia!

Lima. — 1859.

A. FLORES.

A....

De noche, cuando la luna
Melancólica alumbraba,
Cuando las aves dormian,
Cuando callaban las auras,
Ardiendo el pecho de amores,
Con honda pena en el alma
Bajé al mar, en cuya orilla

Eterno amor me jurabas.
Solo, mirando la luna
Columpiarse sobre el agua,
Y las marinas espumas
Corrienco á dar en la playa,
Allí, solo, en esas horas
Dulces, misteriosas, vagas,
En que el corazon ocupan
Nuestro D'os y nuestra amada;
Sentí en mi pecho tan tierra
Tan indefinible calma...
Que la rodilla hincó, alzando
Al Señor una plegaria.
Pedile á Dios que te guarde
Siempre tan pura y tan cándida;
¡Que la flor de la pureza
A ninguna flor iguala!

S. CANOVAS DEL CASTILLO.

Las condecoraciones piamontesas.

El *Monitor* anunciaba últimamente que el gobierno sardo habia puesto á disposicion del gobierno francés 790 cruces de los diversos grados de las órdenes de San Mauricio y Lázaro y del Mérito militar de Saboya, con 8,000 medallas del valor militar, para recompensar los servicios excepcionales del ejército francés durante la guerra de Italia. El emperador ha enviado en cambio un número proporcionado de cruces de la Legion de Honor y de medallas militares. Pensamos que son oportunos con este motivo algunos detalles sobre las órdenes conferidas por la Cerdeña.

La *orden real y militar de San Mauricio y Lázaro* es la mas antigua (al menos bajo el nombre del último santo), y una de las mas recomendables de Europa. *San Lázaro* ocupaba la primera línea, como fecha de fundacion, entre las cuatro órdenes hospitalarias militares fundadas en Jerusalem, despues de la conquista de Godofredo de Bullon; las otras tres cruces son las de *San Juan* (Malta), del *Temple* y *Teutónica*.

Los caballeros de San Lázaro se mantuvieron en la Palestina hasta 1291. Obligados en esta época á dejar sus últimas fortalezas, los miembros que quedaron de esa heroica milicia se dividieron entre la Francia y la Italia. Los primeros reconocieron al rey de Francia como gran maestro, dignidad que estos príncipes conservaron hasta la revolucion. Los segundos vivieron largo tiempo independientes bajo la suzeranía de la Santa Sede y bajo la proteccion de los duques de Saboya.

En 1572 Manuel Filiberto, el célebre vencedor de San Quintin, obtuvo del papa Gregorio XIII una bula para reunir la orden de San Lázaro con la de San Mauricio

fundada en el año 1410 por Amadeo VIII, primer duque de Saboya, y que fué papa bajo el nombre de Félix V, en honor del jefe de la legion tebeana, patron del antiguo reino de Borgoña y protector de la Saboya. En esta fusion, san Mauricio, objeto de la devocion nacional, tomó el primer puesto.

Desde esa época la orden reunida ha tenido una existencia brillante. Confiere la nobleza vitalicia, y no se da en el Piamonte mas que á los oficiales superiores y á los altos funcionarios civiles. Posee una rica dotacion territorial de mas de un millon de renta, que sirve para sostener varios hospicios magnificos y para pagar pensiones á los caballeros militares y civiles, segun las reglas determinadas. Los reyes de Cerdeña son enterrados con el uniforme de gran maestro de San Mauricio y Lázaro. La cancilleria de la orden forma un ministerio, y el gran canciller es hoy uno de los hombres mas eminentes de la Italia, el conde Cibrario, historiador famoso y ministro de Negocios extranjeros cuando el tratado de Paris.

La *orden militar de Saboya*, fundada en 1815 por el rey Victor Manuel I, y reorganizada en 1835 cuando la guerra de Crimea por el rey Victor Manuel II, se atribuye exclusivamente al ejército por servicios hechos en campaña. Se prodiga muy poco esta cruz, como todas las demás recompensas honoríficas del Piamonte, circunstancia muy propia para realzar su valor en la estimacion pública.

La *Medalla del valor militar*, de oro para el primer grado y de plata para el segundo, no puede concederse sino por hechos de armas individuales cumplidos en el campo de batalla. Tiene por un lado las armas de Saboya rodeadas de un laurel, y por el otro el nombre del titular con la fecha del hecho de armas y el nombre de la jornada en que tuvo lugar. Con esta medalla se concede una pension de 100 francos.

Para dar una idea de lo mucho que se estima esta distincion, bastará decir que despues de las memorables batallas de Varese y de Como en junio de 1839, el rey habiendo llamado á Milan al general Garibaldi, creyó no podia ofrecerle una recompensa mas elevada que la medalla de oro del Valor militar.

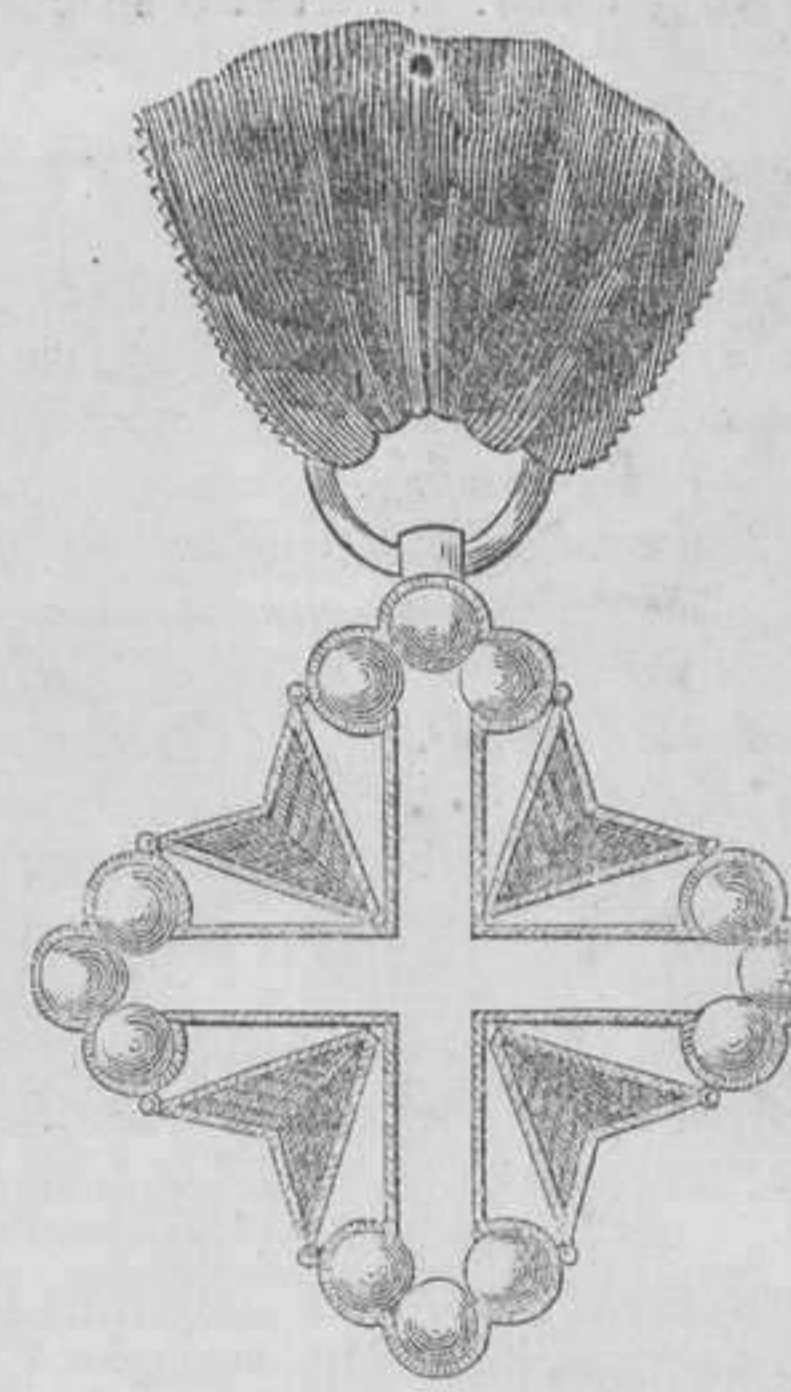
C. DE V.



Orden militar de Saboya.
Cinta azul y encarnada.



Medalla del valor militar.
Cinta azul.



Orden real y militar de San Mauricio y Lázaro.
Cinta verde.

Nuevas excavaciones

DE M. BEULÉ EN EL SITIO QUE OCUPÓ CARTAGO.

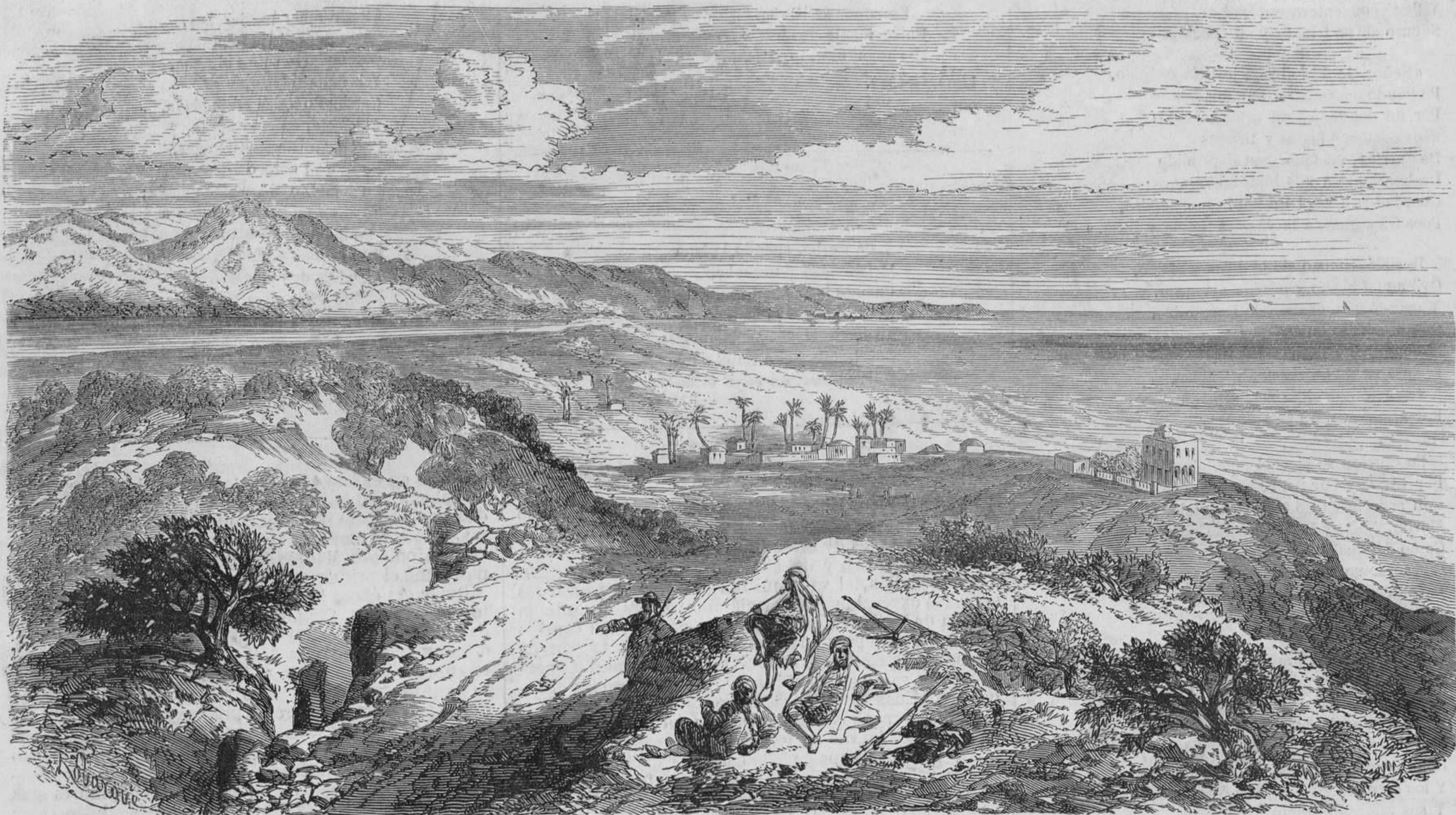
Ya hemos hablado á nuestros lectores de las acertadas y pacientes excavaciones ejecutadas por M. Beulé en Cartago, y de los preciosos descubrimientos que han producido. Las primeras exploraciones de ese docto arqueólogo han restituido á la ciencia la que fué cuna y fortaleza de la nacionalidad cartaginesa, Brysa. Sus trabajos mas recientes han sido coronados con un éxito no menos importante, y debemos al celo perseverante del jóven profesor, á sus luces y á su amor á la ciencia nociones seguras y precisas sobre el antiguo necrópolo y los puertos de Cartago, cosas interesantes y que deben aclarar mucho la historia de aquel pais.

El necrópolo se halla situado á una corta distancia de Tunez, sobre un monte llamado hoy el Djebel-Khawi, al extremo de la península de Cartago. El monte escarpado por el lado de la ciudad, tiene una pendiente sua-

ve por el lado opuesto; en esta vertiente se hallaban los sepulcros. A la izquierda Tunez duerme al borde de su lago; enfrente está el lago de Sukara, y luego el golfo de Utica; á la derecha se extiende la mar, y por último, al pié del necrópolo está como un oasis la aldea de Gamart.

El terreno es árido: apenas se distinguen aquí y allá algunos olivos raquíticos y algunos almendros; hasta la cebada sale con mas escasez, y entre las especies animales se cuenta el chacal, que vive en los sepulcros, y el puerco espin.

La primera capa de la roca es la mas dura, y su posicion horizontal la hace muy propia para formar una techumbre natural. Las capas inferiores son de un calcáreo tierno, y están abiertas en forma de subterráneos; aquí depositaban á los difuntos. Toda la montaña está minada de esa manera. M. Beulé calcula en muchos miles el número de los compartimientos formados por esas excavaciones, y en muchos millones el número de las tumbas. Nos es imposible seguir los curiosos detalles



NUEVAS EXCAVACIONES DE M. BEULÉ EN CARTAGO. — EL NECRÓPOLO DE LOS CARTAGINENSES.

del primer informe que M. Beulé ha presentado á la Academia de ciencias, debiéndonos limitar á esta breve descripción de las tumbas.

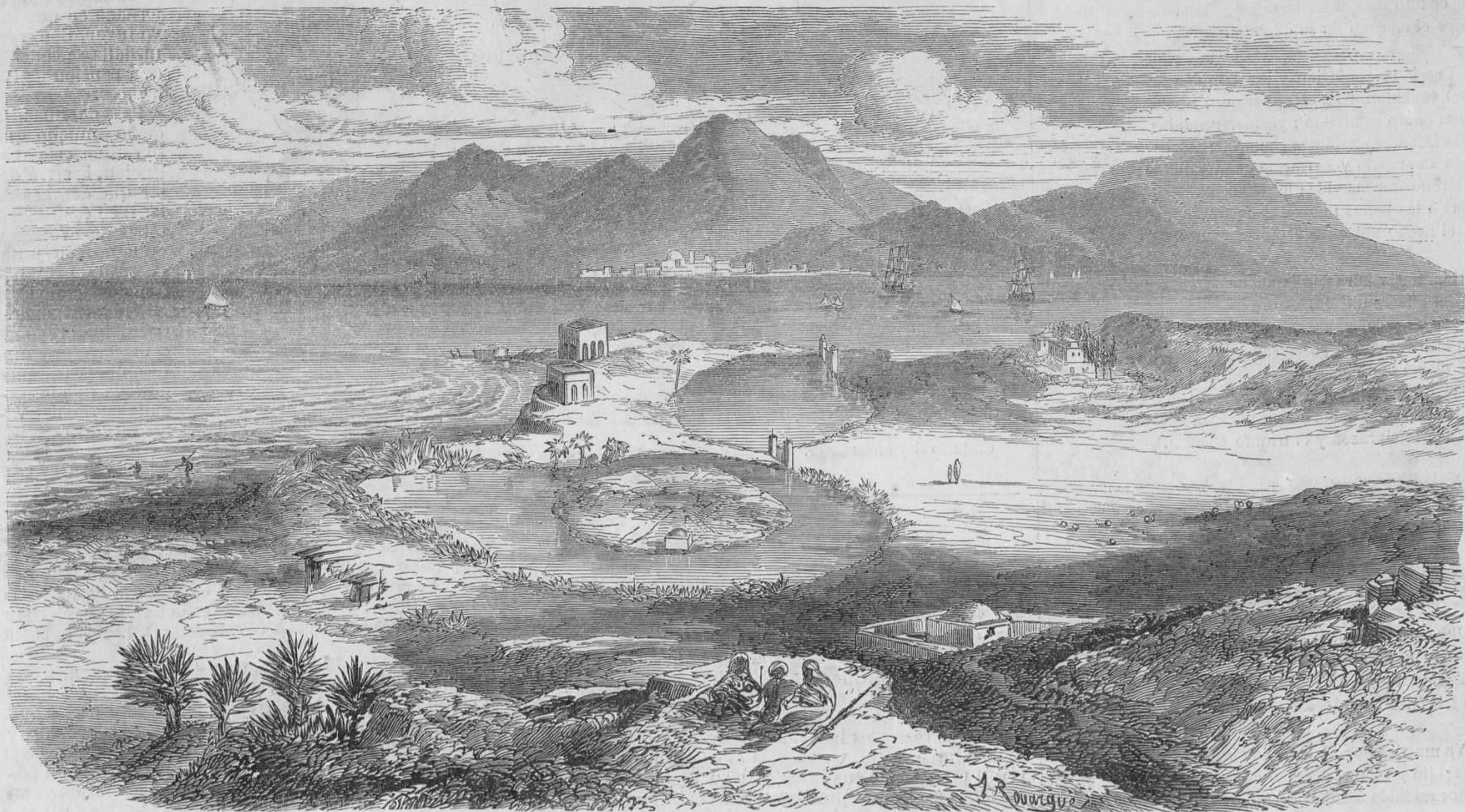
Los puertos de Cartago han sido para M. Beulé objeto de un estudio profundo. Los historiadores antiguos han ponderado mucho la magnificencia de esos puertos que presentan hoy el aspecto de un charco seco durante el estío, y que llenan las lluvias en el invierno. El primer puerto, destinado á los buques mercantes, comunicaba con la mar por una abertura de setenta piés, y era de forma rectangular.

El puerto interior en el cual se penetraba despues de haber atravesado el precedente, era redondo y se hallaba reservado á los buques de guerra. En medio se ele-

vaba una isla, y en la isla un pabellon donde residia el almirante cartaginés. Este pabellon era bastante alto para que el almirante pudiese vigilar los golfos y la mar desde su morada. El puerto militar estaba rodeado de un doble muro que ocultaba á los navegantes los movimientos y las obras del puerto. Los muelles de este puerto y de la isla que ocupaba el centro eran circulares. Habian dispuesto compartimientos para ciento veinte navíos, y encima de cada compartimiento habia un almacen para el material. Delante se elevaban dos columnas de órden jónico, de suerte que cuatrocientas cuarenta y cuatro columnas formaban en torno del puerto un doble pórtico, decoracion noble y verdaderamente grandiosa.

Ya no queda nada de esas grandes obras. Una batería y una casilla para los hombres de guardia se elevan en el sitio en que estuvo en otro tiempo la entrada del puerto. M. Beulé establece con el siguiente cálculo la importancia de estos puertos: « Reunidos, dice, por una gola cuya abertura tiene 23 metros, tienen un largo de 800 metros sobre un ancho de 325. » — Las observaciones sobre los puertos ocupan un segundo informe.

La Academia de inscripciones y bellas letras que ha recibido entrambos documentos tan interesantes para la ciencia, reconociendo el valor de los trabajos de M. Beulé, le ha otorgado una recompensa digna de sus esfuerzos y de sus sacrificios, incorporándole en el número de sus miembros. C. M.



LOS PUERTOS DE CARTAGO.